



El hotel de Saratoga

JOE E. Lewis pasó en cierta ocasión una noche en el Grand Union Hotel de Saratoga, que está situado junto a la estación ferroviaria. Una máquina de maniobras que estaba llevando y trayendo vagones constantemente no le permitió conciliar el sueño. Cansado de ver que el ruidoso artefacto no paraba, Joe llamó al sereno y le preguntó: —No sé si usted podrá informarme... ¿A qué hora llega a Chicago este hotel?

BUENAS NOCHES

El comunicado del general DOUGLAS MAC ARTHUR

LOS comunicados del general Douglas Mac Arthur sobre las operaciones de guerra en el Pacífico dan siempre cuenta de algunas bajas sufridas por los Estados Unidos, aun cuando, en realidad, no haya habido ninguna. La razón de hacerlo así—explicó Mac Arthur al teniente general Jorge C. Knney—tiene su origen en una aventura que le ocurrió a su padre, el general Arthur Mac Arthur, famoso por sus campañas contra los indios.

UN TRUCO PARA QUE LA VERDAD NO PAREZCA MENTIRA

peño en intimidar a los valientes prisioneros, hablándoles del poderío del hombre blanco para ver si los pieles rojas se daban cuenta de la inutilidad de sus ataques pe-
—Empiezo mi padre como intérprete—cuenta Mac Arthur—al famoso escucha in-

dio Wild Bill Hickok, y por su conducta explicó a los indios cómo eran las nuevas y poderosas locomotoras de ferrocarril que se alimentaban de carbón, arrojaban llamas y podían llevar en una sola carga un millar de valientes blancos con caballos y todo. Rompieron los indios a charrear entre sí y luego con Hickok, el cual, a su vez, dijo a mi padre:

—General, dicen que no lo creen.

Entonces mi padre le pidió que les explicase cómo era un vapor moderno, más veloz que cualquier canoa de guerra y tan grande como una montaña. Volvió a hablar Hickok a los indios de imposible faz y no tardó en participar a mi padre con desaliento:

—General, tampoco quieren creer esto.

Hizo mi padre un tercer ensayo.

—Mira, Bill—dijo al intérprete—: tal vez los indios no puedan comprender la locomotora ni el vapor; pero ellos hacen sonar y extender sus señales de guerra a golpes de tambor y entenderán la invención del telégrafo. Explícales que un soldado norteamericano puede tamborilear un mensaje y que, al momento, lo recibe otro soldado que está a 50 kilómetros de distancia.

Wild Bill dio patadas en el suelo, lanzó un salvazo con fuerza de disparo en un agujero, de tope y acabó por estallar:

—General, no puedo decirles eso porque el diablo me lleve si yo mismo lo creo!

Por eso cuando el general Knney protestó del error que contenía el comunicado de Mac Arthur, ya que sus aviadores habían regresado sin perder un solo aeroplano, Mac Arthur le contó aquel suceso y agregó:

—Mire, general: yo quería que alguien lo creyera.

Las historias de MOISES Y SAMUEL

VIENDOSE en un apuro de dinero, Moisés acude a su amigo del alma, Samuel, y le dice: —Samuel, necesito que me prestes dos mil dólares.

—¿Dos mil dólares?

—exclama Samuel—. ¿Sabes lo que dices? ¡No, no, de ninguna manera!

—¡Pero, Samuel!

protesta Moisés, indignado—. ¿Cómo te atreves a negarme tan pequeño favor?

Cuando tus valores bursátiles cayeron de 183 a 50, en 1929, ¿quién te prestó 10.000 dólares para que no te quedases sin un centavo?

—Tú—responde Samuel.

—¿Acaso has olvidado quién llevó a la Florida, para que se repusiera de su pulmonía, a tu hijita querida en 1931?

—No, no lo he olvidado. Tú la llevaste, amigo mío.

—¿No recuerdas tal vez quién se lanzó a la corriente y te salvó de morir ahogado aquella tarde de 1933, cuando fulmos de pesca?

—Lo recordaré toda mi vida. Fulste tú, querido Moisés. Fué un acto admirable.

—Pues siendo así, ¿cómo te atreves a negarme un miserable préstamo.

—Verás, Moisés—contestó cachazudamente Samuel, asintiendo con suaves movimientos de cabeza—. Todo cuanto has dicho es exacto, exacto... Pero de todo ello has pasado mucho tiempo y no acierto a recordar que hayas hecho nada por mí últimamente.

PARA LA SIERRA

Precioso traje de esquí, con cremallera de arriba hasta abajo y franjas rojas de gamuza. Además un abrigo de lana gruesa. Las botas son blancas, con empuñadura negra y franja impermeable.

CASTIGADORES Y VAMPIRESAS

LOS insectos tienen una forma de amar que varía según la especie. Entre los insectos y "las insectas" hay castigadores y vampiresas que dan quince y raya a los más famosos galanes cinematográficos y a las más frías y calculadoras mujeres fatales. Uno de los insectos que más castigan a sus hembras es la cantárida macho. Este animalito, en cuanto experimenta los efectos del amor, comienza por propinar a su amada una pellizca de padre y muy señor mío, y terminada la "caricia" se queda beatíficamente mirando a la dolorida hasta que juzga oportuno declarar su afecto.

En cambio, la langosta hembra es la que vapulea al macho, en algunos casos hasta quedarse viuda, sin haber sido completamente casada. En la época del celo, el "langosto" busca a la langosta y, como es natural, la encuentra; pero la encuentra hecha un verdadero basilisco. Inmediatamente se establece una lucha completamente libre entre ambos amantes, que no siempre termina en idilio, ya que en muchos casos finaliza en funeral por la muerte violenta del conquistador, que lanza el último suspiro convencido de que el amor ni es más fuerte que la muerte ni mucho menos que la habilidad para dejarle a uno k-o. por los siglos de los siglos.

Entre los escorpiones la cosa resulta aún más trágica. Ciertamente el escorpión convence con amabilidad a la "escorpiona", que se deja convencer con el mismo sentimiento; pero una vez terminado el idilio, para que de ella no se ría ningún simvergón, le clava su aguijón y el macho paga con la vida su triunfo amoroso.

La araña es otra vampiresa insaciable. Siente el imperativo amoroso luego de darse un pantagruélico banquete de pretendientes. El último que llega resulta el preferido.

Y nada más. Después de esto las mujeres fatales del cine parecen que todavía no han salido de un colegio de párvulos.



BUENAS NOCHES

Jueves, 15 febrero 1945
Año II Núm. 41

Redacción y Administración:
PUEBLO

NARVAEZ, 70
Teléfono 62600.
Apartado 517.

LAS OLVIDADAS conquistas de la paz

UN reciente experimento hecho en las escuelas de Londres demuestra que los niños de cinco a siete años de edad parecen haber olvidado, o no haber conocido, muchas de las cosas corrientes en tiempo de paz. Por ejemplo, al hacerles preguntas sobre el alumbrado urbano y sobre los plátanos empezaron lanzando miradas de asombro y acabaron por decir simplemente que no creían en la existencia de tales cosas. Un pequeño a quien le mostraron una fila de luces callejeras se limitó a encogerse de

hombros en señal de perplejidad cuando le preguntaron qué era aquello. Los niños no recuerdan los escaparates iluminados ni los rótulos eléctricos y creen que las hileras de globos protectores han flotado siempre en el cielo de Londres.

Los plátanos, toronjas, naranjas y limones resultaron desconocidos para la mayoría. Un chico recordaba haber visto un limón en el tabernadero de los jardines de Kew, y una muchachita conservaba una vaga idea de haber comido toronja hacia algunos años. El racionamiento de

ropas y alimentos les parece normal, y solamente uno o dos recordaron haber comprado bombones de chocolate sin necesidad de cupones.

Una de las maestras llevó a su escuela una granada fresca y preguntó su nombre a los discípulos. Ninguno supo nombrar el fruto.

—Es una granada—explicó al fin la maestra.

—Eso no es una granada—replicó con vehemencia un pequeño—. Las granadas salen de las bocas de los cañones.

MODELO ESPECIAL para grandes fiestas

Este sensacional conjunto que presentamos a ustedes es el que pudieramos llamar el último grito en modas sirénicas y está ideado para asistir a esas grandes fiestas nocturnas, en las que el precio de una botella de champaña causa más vértigo, muchísimo más, que el beberse el líquido cosquilleante y espumoso. El traje es entallado—demasiado entallado, probablemente—por lo que hay que tener mucho cuidado al sentarse. Se completa con una chaqueta de bolero, en combinación con un turbante adornado con perlas y plumas.

Al cumplir UN AÑO

EN esto de los cumpleaños se suelen dar dos casos contrarios: el de la persona que trata a todo trance de ocultar su fecha de nacimiento y quiere que pase inadvertida totalmente, o el caso de la que busca por todos los medios hacer alarde de juventud y celebrar fiestas para que todo el mundo se entere de la fecha en que vivió por vez primera el sol.

Nosotros, felizmente, somos tan nuevos que estamos colocados entre estas últimas. Ahora cumplimos un año, y, como esos adolescentes que desean darse importancia, casi nos gustaría sumarnos algún año más para presumir de hombres hechos y derechos...

Pero un periódico es una cosa tan pública que no nos valdría el fingimiento. Sólo contamos un año. Y si algún lector suspicaz mira a los números que llevamos publicados y se fija en el 41 en vez del 52—que son las semanas correspondientes a un año—, no por eso dejamos de contar esa importante edad, ya que nosotros no tenemos la culpa de que las restricciones del papel hayan impedido que hagamos lanzado los clásicos cincuenta y dos vagidos de nuestra puerilidad. Pero, ¡que conste!, compruébese por nuestra primera salida que hemos nacido en un regocijante febrero, entre serpentinas y cascabeles, lo cual, indudablemente, nos ha bautizado con un baño jaranero y feliz.

Con motivo de tan dichosa efeméride—como dicen nuestros buenos reporteros—, hemos recibido infinidad de felicitaciones. Unas nos han llegado en prosa; otras, en verso (véase nuestra galana sección de "Inéditos"), y todas llenas de aliento y cordialidad.

A estas felicitaciones nos es grato corresponder desde este recuadro y repetir aquellos primeros balbuceos que lanzamos el primer día a la curiosidad de nuestros padrinos: "¿Para qué propósitos? ¡Si acabamos de nacer a la vida de relación! Preferimos no hablar a que después se diga que nos hemos quedado a mitad de camino entre la realidad conseguida y la ilusión proyectada."

Si hemos cumplido a gusto del lector, nos congratulamos de ello; si no hemos alcanzado ni un banderín, qué el exigente tenga muy en cuenta ¡que sólo contamos un año...!

Y hoy como ayer: ¡pase usted la página!

BUENAS NOCHES

LA MUERTE APARENTE

PARA NO RESUCITAR DESPUES DE FALLECER

La posibilidad de sufrir una muerte aparente inspira profundo temor a todos. ¿Está justificado este temor? La muerte aparente es un estado en el que se pierden la conciencia, la sensibilidad y las funciones motoras, mientras el pulso y la respiración parecen haber cesado. Este estado pueden provocarlo los gases tóxicos y la asfixia. Si no se presta auxilio inmediatamente puede sobrevenir la muerte en poco tiempo.

La muerte aparente siempre es tema antiguo y moderno. Séneca señalaba ya que el miedo a la muerte sólo es superado por el miedo a ser enterrado vivo. Y así, en todos los tiempos, se encuentran personas que ordenan testamentos que después de muertas se les abran las arterias o que se les coloquen campanas o martillos en el ataúd para poder avisar si vuelven a la vida. La investigación conoce hoy métodos que permiten comprobar exactamente este estado que, por lo demás, se observa con gran rareza.

Antiguamente se conocía ya la prueba de los ojos, basada en un reflejo corneal, que descubre si existe vida o no en el organismo. La ciencia alemana acaba de descubrir recientemente una substancia colorante completamente inofensiva, que al penetrar en la circulación se difunde por la sangre y hace que cambie el color de la piel, mientras que en el organismo muerto se queda alrededor del punto en que fue inyectada.

La prueba tiene un valor absoluto para comprobar la muerte real y facilita de tal forma la comprobación de la muerte aparente, que resulta injustificado todo temor ante la misma.

EL HOMBRE que da en Madrid más veces las "BUENAS NOCHES" nos cuenta sus penas

Si Mauricio era una víctima del vicio y don Eugenio d'Ors la víctima del estío, no hay duda de que el sereno que tenemos delante es la víctima del vecindario. Nuestro héroe es gallego. Tiene un chuzo que no le sirve para nada y les con auténtica fruición novelas de criminales. Además, es muy simpático. Con un tonillo entra confidencial y resignado nos ha ido contando sus penas.

—Yo tengo a mi lado el mismo trayecto que todos los demás serenos de Madrid, y eso no es justo. Le diga, por qué figúrense, ¡tán sólo la casita del número 51 alberga más de 1500 vecinos!

—¿Es posible?

—¡Y tanto!—nos asegura que jumbroso—. Consta de 282 cuartos. Ahora bien: hagan un pro-



medio de cinco individuos como mínimo por cada uno y verán si es cierto lo que les digo.

—Pero habrá familias menos numerosas—objetamos creyendo exagerado su cálculo.

—Ni hablar! Eso no es una casa, eso es una madriguera. Les voy a dar unos cuantos detalles que les convencerán. Durante el día se forman volas en los ascensores. Pero esto no es nada si lo comparamos con lo que ocurre por las noches. Las azoteas se convierten en los meses de verano en un campamento de bereberes. Raro es el vecino que no se sube a dormir a ellas. Esto supone, como es natural, un enorme tinglado de camas turcas, colchonetas, mecedoras, botijos, mantas y niños que lloran... claro que a mí me toca la peor parte.

—¿La peor parte?

—Desde luego. Hay noches que abro la puerta de esa casa más de sesientas veces. Ocurre esto porque casi todos los vecinos tienen la manía de "darse una vueltecita" después de cenar.

—¿Recuerda que le hayan hecho alguna mala pasada?

—Hombre, sí. Por lo menos no me hizo ninguna gracia. Debía estar de "pupilo" el estudiante a que me refiero. Venía siempre pasadas las doce y nunca me daba propina. Llegué a cansarme, y una noche le tendí la mano, pero nada.

Pensé que no la habría visto y en la primera ocasión le hice lo mismo. Pero esta vez abientemente, descaradamente. ¿Y saben ustedes cuál fue su respuesta? Pues estrechóme la mano y se fue con toda tranquilidad que descansara.

Nos quita las ganas de reírnos el gesto patético de nuestro amigo. Para consolarle cambiamos de conversación.

—Hace unos momentos, al llegar, lo encontramos apoyado en el faro y leyendo un libro. ¿Estudiaba acaso?

—No—replica humildemente, sonrojándose—. Estaba leyendo "Los cuarenta delatores o la viejecita que tenía mucha vista" del audaz detective Ramón Pérez.

—¿Policia, verdad?

—Sí. Confieso que esa clase de novelas me gusta más que el arroz con leche. Si no fuera por ellas no sé cómo iba a poder resistir el oficio. Las noches se hacen muy largas y el dormirse muy fácil. Esto—y señala a la novela—es para mí como diez "café del café", cuando el café de los cafés era café.

—¿Cuáles son sus autores policíacos favoritos?

—Pues ese inglés Edgar Wallace, ante todos. Y luego otro que tiene un nombre muy raro, del que ahora no me acuerdo, y el español Ramón Pérez, que es magnífico.

—¿Pero cuál es éste?

—¿No lo conocen? Pues es nada menos que el autor "Del caso de los siete moribundos".

Empezamos a darnos cuenta de que nuestro hombre nace ya bastante raro: abandonó sus penas y que desde entonces se ha dedicado a temarnos el pelo. O bien, que está completamente loco. De otra manera no se concibe la extraña lucidez que le brilla en los ojos. Estamos seguros, que se debe a una perturbación mental o, lo que es más probable, a un reflejo irónico y burlesco. Queriendo convencernos, le preguntamos:

—¿Y no siente miedo al leer a tan altas horas de la madrugada el relato de esos criminales?

—Un poco; pero cuando eso me ocurre cambio de lectura.

Le interrogamos con el gesto, como uno de los autores, mientras él nos dice:

—Sí, señores. Cuando me entra tanto miedo que los árboles se me parecen al doctor Petiot, me lo callo leyendo cosas sobre espiritismo.

Ya no hay duda. Este sereno, cansado de dar tan a menudo las buenas noches, de golpear sobre la acera su bastón durante horas y horas, debía tener unas ganas enormes de burlarse de alguien. Y lo peor es que ese "alguien" hemos sido nosotros.

Al despedirnos—es lo inevitable—hemos pensado júbilos en la faena de aquel estudiantito.

Por escribir "La familia de Pascual Duarte", CAMILO JOSE CELA se quedó sin empleo en la oficina

NO CREE QUE EL GENERO novelístico esté en decadencia

Cazador, pescador y periodista "per accidens"

Y seguimos adelante la conversación.

—Entonces—me atrevo a preguntar—¿está usted contento del resultado económico de sus libros?

—¡Pero, hombre!—contesta sonriendo—. ¿Qué preguntas se le ocurren a usted!

La irónica respuesta no es para estimular a nadie, pero, a pesar de eso, aún me atrevo a insistir:

—¿De cuál de sus obras está usted más satisfecho?

—En qué sentido?

—En dos sentidos: en el artístico y... en el otro, en el económico.

—Artísticamente no lo sé, porque no me he atrevido a leer ninguna. Económicamente, de "Pabellón" y de "Lazarillo", con gran diferencia sobre "Pascual Duarte"; debo decir, sin embargo, que mis dos novelas a que aludo recibieron un buen refuerzo económico con la publicación en folletón; la primera en "El Español", y la segunda en "Juventud".

QUIZA SE DECIDA A ESCRIBIR PARA EL TEATRO

—¿Cuántos libros tiene usted publicados?

—Hasta ahora tres novelas: "La familia de Pascual Duarte", "Pabellón de reposo" y "El nuevo Lazarillo". Próximos a aparecer tengo un tomo de versos: "Pisando la dudosa luz del día", que lo escribí hace ocho años. También tengo un relato: "Esas nubes que pasan". Y finalmente: "Lo que quedó cuando el amor ya muerto...", que está en la imprenta, esperando a que llueva.

—¿Y en preparación?

—Lo que está en preparación creo que es más honrado silenciarlo.

—Se habla ahora mucho de que el teatro está en crisis por falta de autores jóvenes que le remocan y le den nueva forma. ¿No ha pensado usted en escribir para el teatro?

—Sí; estoy preparando—o pensando, mejor dicho—una comedia que no sé si algún día escribiré. Mis amigos me animan, pero a mí me espanta un poco el reducido ámbito de cuartillas donde debo moverme. Como anticipo ahí va el título: "Culpemos a la primavera"; la idea... ya la verá usted.

—¿Qué preferiría ser: un gran autor teatral o un gran autor de libros?

—En la disyuntiva, un gran escritor. Si no se me diese a elegir, las dos cosas.

CREE QUE EL LEER NOVELAS PERJUDICA AL ESCRITOR

—¿Cuál es el género literario que usted prefiere?

—Como lector, la poesía y la filosofía; creo que leer novelas, a la larga, lastra y perjudica al novelista. Yo recurro a "hojearlas".

—¿Qué opina usted del humorismo?

—Como gallego que soy, recastado además en inglés y en italiano, no puedo por menos de interesarme por el humorismo. Con más sitio—y más tiempo—le explicaría a usted la dosis de amargor que creo debe llevar el humor: Bernard Shaw, Fernández Flórez, Wodehouse...

—¿Y del cine? ¿Qué opina del cine como "género literario"?

—Por ahora no me parece mas que interesante. La expresión literaria más depurada creo que, hoy por hoy, sigue estando en la novela.

—¿Está usted contento de la crítica?

—En absoluto y rotundamente, sí. De otra parte, creo sinceramente que el escritor ha de conformarse en todo momento con lo que de sus libros se diga o se escriba. Desde que un libro está en los escaparates es un bien del dominio público, sobre el que quien quiera puede opinar.

—¿Cómo empezó usted a escribir? ¿Ha sido alguna vez periodista?

—Sí y no. Soy periodista "per accidens" o, quizá mejor, porque el periódico es una ventana abierta a todos los públicos, a la que creo conveniente asomarse.

—¿En qué asignaturas fuera los sobresalientes?

—Pues... en Literatura, Historia...

—¿Y... los suspensos?

—En Matemáticas. Es la asignatura más antipática que recuerdo.

se. Empecé a escribir... Es un poco difícil precisar: de muy joven, de niño aún, me dedicaba a confeccionar versos cojos y llenos de rípios que hoy tienen—para mí—un gran encanto. Mi primera publicación fue precisamente en un periódico diario: en "El Argentino", de la Plata, en 1934.

LA ASIGNATURA MAS ANTIPATICA DE SUS TIEMPOS DE ESTUDIANTE: LAS MATEMATICAS

—¿Tiene usted alguna afición "particular" ajena a la literatura?

—La caza y, con un libro de fray Luis al lado, la pesca. El deporte tuvo en mí una época que pasó con mi primer bigote. El "whiskey" no me parece aburrido.

Hay una pregunta "tópica", inevitable en todas las entrevistas. Todos los hombres de actividades intelectuales destacadas fueron, por lo general, estudiantes mediocres. A Camilo José Cela hay que hacérsela, pues también y... claro, allí va:

—¿Fue usted buen estudiante?

—Ni bueno ni malo: sobresalientes, suspensos..., de todo hubo en la vida del señor y en mi expediente universitario.

—¿En qué asignaturas fuera los sobresalientes?

—Pues... en Literatura, Historia...

—¿Y... los suspensos?

—En Matemáticas. Es la asignatura más antipática que recuerdo.

EL MUNDO encristalado

Lo mismo que Cristóbal Colón al buscar las islas de las especias tropezó con América, unos ingenieros suizos que querían obtener seda artificial hallaron celophana

La industria química ha hecho el milagro mágico de encristalar al mundo: todo en él se encuentra ahora bajo la gracia transparente del papel celofán: los libros, los juguetes, los bombones, los caramelos, los zapatos, los bolsillos, las carteras y hasta las botellas, que tienen sobre su naturaleza cristalina la envoltura del papel cristal. Ahora que bien es verdad que la botella no es de cristal, sino de vidrio—que no es cuerpo cristalizado—, y que el papel cristal de cristal no tiene nada.

Trabajos, apuros y sorpresas de los ingenieros de Feldmühle.

La vida media de las gentes de todo el mundo se ha elevado sensiblemente. Ya nadie se resigna a vivir teniendo lo puramente necesario para la subsistencia, y todos aspiran a lo bello y grato de lo superfluo, que ya realmente no lo es, porque constituye una segunda naturaleza en el hombre. Mientras los vestidos, la ropa interior y las medias calzas de seda fueron patrimonio de princesas, infanzonas y ricas damas, sobaron en el mercado las telas y toda clase de tejidos de seda; pero cuando su uso se generalizó por las mujeres de todas las clases sociales surgió el problema de que los gusanitos de seda, por mucho que se reproducían y elaboraban, no podían dar abasto a la demanda femenil en el mercado. Y entonces los técnicos de la Feldmühle recibieron orden de buscar por todos los medios el sistema de la fabricación de la seda.

Aprovechamiento de residuos. Una masa a la que se le hace pasar de una temperatura de 600 grados bajo cero a otras de cerca de 1.000 sobre cero.

Las experiencias de estos ingenieros suizos fueron innumerables y tan laboriosas como aparentemente estériles, ya que no hallaban medio ni modo de obtener una fibra semejante a la de la seda; pero en uno de los experimentos que hicieron, mediante la formación de una masa preparada a base de residuos, la mayor parte trozos de vidrio y trapos de diversos tejidos, y que fue sometida a una temperatura de 600 grados bajo cero y después pasada rápidamente a otra de cerca de los 1.000 sobre cero, se observó que quedaba perfectamente cristalina, sin color y limpia de toda mancha y sombra: en busca de la seda artificial se había encontrado la primera materia para la fabricación del papel cristal, que inútilmente buscaban a su vez otros técnicos. Fue entonces fabricado este papel hermético que tiene como envoltura las maravillosas comisiones de preservar aquello que cubre de todos los agentes exteriores que puedan perjudicarle y de no necesitar, por su transparencia, el ser impreso, ya que muestra claramente lo que hay bajo él, abrigándolo y embelleciendo la mercancía. El nuevo papel recibió el nombre de celophana: de celo, celoso, y fana, transparencia. Una reforma ortográfica le suprimió de la a final ha hecho que en tierras nuestras se denomine celofán al papel que ha conquistado y encristalado al mundo.

LA CANTANTE CATALINA GABRIELI motivó varios duelos entre sus partidarios y enemigos

Un carácter veleidoso E INCONSTANTE

N O pago tanto a mis feldmariscales.

—Pues haga Vuestra Majestad cantar a los feldmariscales de su Imperio.

He aquí la observación que hizo la Emperatriz de Rusia, Catalina II, a la maravillosa cantante italiana Catalina Gabrieli, y la respuesta que ésta dio a la Emperatriz rusa cuando la pidió diez mil rublos por cantar ante ella. Y la genial Catalina hubo de acceder a la petición de la genial cantante que con su voz tenía dominados a los públicos del mundo entero.

Desde muy joven, Catalina Gabrieli mostró una disposición especial por el canto. A esto una belleza excepcional y un talento poco común. En aquel entonces había en Roma un maestro de música muy famoso, de nacionalidad española, apellidado García, que fue quien guió los primeros pasos de la Gabrieli en el mundo del arte; García tenía puestas sus esperanzas en su joven discípula y se vieron superadas con mucho, cuando la Gabrieli debutó en el teatro Luca, de Roma. Las portentosas facultades de Catalina Gabrieli la abrieron de par en par las puertas de la fama y recorrió los teatros europeos de triunfo en triunfo. Los homenajes y las ovaciones se sucedían por dondequiera que iba. Su arte lírico corría parejas con su inimitable declamación, y cuando actuó en Viena, Francisco I la nombró cantora de cámara.

La belleza de la Gabrieli causó tanta impresión como su arte inimitable. El embajador de Francia en Austria se enamoró de ella y Catalina correspondió, al parecer, a la pasión del enamorado francés. Pero el carácter veleidoso e inconstante de la Gabrieli comenzó a mostrarse en toda la plenitud, pues al mismo tiempo que al embajador de Francia correspondía también a los galanteos amorosos del embajador de Portugal. El tiempo pasó sin que ambos diplomáticos se diesen cuenta del engaño; pero advertido el francés de lo que sucedía, decidió enterarse por sí mismo.

Una noche, cuando la Gabrieli estaba ausente de su palacio, se escondió el embajador francés en una de las salitas. Llegada que fue Catalina, recibió al embajador de Portugal, con quien tuvo una prolongada entrevista amorosa. El diplomático galo esperó pacientemente a que terminara la entrevista, y cuando su colega portugués abandonó el palacio, salió de su escondite y, armado de una daga, se arrojó, ciego de celos, sobre la artista, a la que intentó apuñalar. La cota de maila que llevaba Catalina hizo que ésta resultase levemente herida. Arrepentido el francés, se arrojó ante su amante, y mientras la pedía perdón hizo vehementes protestas de amor. Catalina prometió olvidar el incidente a condición de que el agresor le regalara la daga. Accedió el embajador y poco tiempo después, Catalina hizo grabar en la hoja de acero el nombre del agresor; el motivo de la agresión y la fecha en que ésta fue cometida. Gran trabajo costó al embajador francés rescatar la daga y evitar así el ridículo con que pretendía cubrirle su amante.

Enormes cantidades de dinero ganó la cantante en Viena, desde donde pasó a Palermo. El éxito la acompañaba constantemente y el Virrey quiso obsequiarla y agasajarla, a cuyo objeto dio una comida, a la que estaban invitados todos los que representaban algo en el mundo oficial. Llegada la hora de la comida, la Gabrieli no se presentó. Un oficial de la Corte fué al domicilio de Catalina, para averiguar el motivo de la tardanza, y se encontró a la cantante tendida en un canapé, leyendo tranquilamente.

—El Virrey os espera, señoría—dijo el oficial.

Catalina interrumpió su lectura y contestó:

—No puedo asistir a la comida. Os ruego que digáis al Virrey que me encuentro indispuerta.

Esto no fué obstáculo para que aquella misma noche, Catalina actuase en el teatro, y al ver al Virrey cantó de mala manera, para salir del paso, durante el primer acto de la representación. El Virrey la mandó a decir que si no cantaba como sabía, no tendría más remedio que arrestarla. Catalina cantó, peor si cabe, en el acto segundo que en el primero, por

lo que el Virrey, al ver la burlesca de que era objeto, la mandó detener, y terminada la representación, Catalina fué conducida a la cárcel pública seguida de un gentío enorme.

Detenida estuvo doce días, durante los cuales dio dinero a manos llenas a todos los que con ella estaban encarcelados. Todas las noches cantaba para sus compañeros de prisión, quienes la escuchaban embelesados, y como la voz de Catalina era armoniosa y potente en extremo, las gentes que pasaban por las cercanías de la prisión detenían sus pasos para escuchar aquella voz sin igual.

Mucho más tiempo hubiera quedado el Virrey tenerla arrestada, pero hubo de ceder ante el clamor popular, poniéndola en libertad. La salida de la cárcel de Catalina fué un acontecimiento, pues desde la prisión a su palacio las aclamaciones y los aplausos se sucedían sin interrupción. Antes de abandonar

la cárcel pública dió grandes sumas de dinero a los que en ella quedaban.

Desde Palermo pasó a Parma, donde el infante se enamoró locamente de la Gabrieli, pero Catalina estaba poco dispuesta a sufrir los celos de nadie, y después de haber estado detenida algunos días se fugó a Rusia, porque el infante estaba dispuesto a retenerla por todos los medios y satisfacer así sus ansias amorosas.

En Rusia, Catalina II accedió a pagar diez mil rublos a la Gabrieli cada vez que ésta cantase, y llegó a hacer una verdadera fortuna, pues actuó numerosas veces, cada una de ellas con mayor éxito que la anterior; la Emperatriz de Rusia cobró de honores a la bella cantante y la hizo gratísima su estancia en la Corte Imperial. En este instante de su vida, la Gabrieli intentó separarse del teatro y descansar de la agitación que constantemente

DIEZ MIL RUBLOS POR UNA FUNCION

te tenía con sus innumerables viajes y traslados de una población a otra.

Trasladóse de nuevo a Viena, donde pensaba fijar su residencia. Allí se encontró con que actuaba el famoso cantante italiano Paggiarotti, que era el ídolo del público. La vanidad de la Gabrieli, fuertemente excitada, la hizo olvidarse de todo, incluso de los años, pues ya contaba cincuenta. En competencia con Paggiarotti, cantó varias noches, poniendo de relieve sus facultades y su arte inimitables. Cegada de nuevo por el triunfo, cantó en Milán por el gran Marquess. El público se dividió en dos bandos

y los partidarios de ambos artistas sostuvieron numerosos duelos por defender a sus ídolos respectivos. Fué entonces, en pleno triunfo, cuando la Gabrieli se retiró de Roma, abandonando el teatro, pero haciendo una vida de lujo y ostentación sin ejemplo.

Gastaba sin tasa y constantemente daba muestras de su ingenio, aunque le costase el dinero. En una ocasión rasgó un encaje del vestido de uno de sus admiradores. El galanteador lo lamentó profundamente, máxime si se tiene en cuenta que era florentino, y como buen florentino, muy económico. La Gabrieli, al día siguiente del incidente, le envió a su casa media docena de botellas de Jerez tapadas con riquísimos encajes de Flandes.

Hasta el fin de sus días, la Gabrieli vivió en medio del lujo y del boato y sin abandonar las veleidades y caprichos de su carácter, que si bien constituían defectos, quedaban borrados por la magnanimidad y largueza con que socorría a todos los necesitados, con los que gastó una considerable parte de su inmensa fortuna.

Con Katharine Hepburn, en Estoril

La primera vez que fué a HOLLYWOOD, le causaron tantos disgustos que, decepcionada, REGRESO A NUEVA YORK

EN un elegante a la vez que sencillo saloncito, decorado con exquisito gusto, me recibe Katharine. Viste un original vestido de tarde: un conjunto de dos piezas, la chaqueta de ligera lana "beige" con un solo botón y la falda recta, levemente acampanada.

—¿Quiere decirme, Katharine, cómo fué su entrada en Hollywood?

—De lo más desastroso que se puede imaginar. Con decirle que a las pocas semanas tuve que regresar a Nueva York.

—¿Es posible?

—¡Ya lo creo! Le hablo en serio: cometí el error de presentarme en esta capital cinematográfica sin fausto, vestida con la mayor sencillez, sin exhibir alhajas y mostrándome inseparable de mi camioneta, en la que realizaba largas excursiones.

—¿Y qué tiene esto de particular?

—Según el criterio hollywoodense de aquella época, mucho. Pero lo que ya produjo una situación insostenible—los murmullos y las críticas despiadadas me ahogaban—fué mi detalle de presentarme en los estudios con "slacks", o sea pantalones de franela de corte masculino.

—¿Es curioso? ¿Y qué pasó después?

—Pues mi despreocupación con la etiqueta imperante fué motivo para que un importante sector de Hollywood se indignase contra mí. Y, por si fuera poco, hay que agregar que los reporteros gráficos me hicieron la guerra sin cuartel por negarme a qué con sus cámaras sorprendiesen los momentos de mi vida privada.

—¿No entró usted con buen pie en la Meca del cine?

—Así es. Lo pasó mal, soportando la hostilidad creciente de mis compañeros de trabajo, que cada día era más irresistible. ¡Hasta llegaron a ponerme un apodo!

—¿Cuál?

—Me llamaban en forma despectiva "Katha la extravagante".

—Y, sin embargo, logró dominar esa hostilidad y triunfar plenamente en los estudios, llegando a ser su nombre universalmente conocido.

—Sí, pero a costa de muchos disgustos y lágrimas. Decidí no volver jamás a Hollywood. Tenía para mí desagradables recuerdos. Pero un día se presentó en Nueva York mi buen amigo Spencer Tracy y me convenció para que regresara, dándome toda clase de garantías de que no volverían a suceder los desagradables incidentes de la primera vez.

—¿Y esta vez cómo la recibieron en Beverly Hills?

—Yó tomé mis medidas pre-



vias; para contemporizar y no ser la nota discordante en Hollywood me presenté lujosamente ataviada, con un extremado alarde de chic y snobismo: expresamente fuí a Gibbs, el afamado modisto de la Quinta Avenida neoyorquina, y adquirí el más original y costoso modo-

que existía en todos los Estados Unidos. Compré el más suntuoso y estilizado coche que vi en la calle 42; como complemento del automóvil seleccioné cuidadosamente al chofer que entraría a mi servicio; después de examinar más de treinta elegi un muchachote de Brooklyn,

fuerte, ancho de espaldas y casi dos metros de estatura, encargándole el uniforme más llamativo que encontré. También contraté para mis pequeños servicios un diminuto "groom", que sería el encargado de ir recogiendo los ramos de flores que me ofrecían los admiradores. Me adorné profusamente con valiosas joyas. Y así, como una princesa o una millonaria de Wall Street, me presenté en Hollywood.

—Supongo que la reacción que produciría entre directores y el estrellato sería favorable.

—Pues, no; se equivocó, amigo mío. Tampoco acerté en esta ocasión. No puede imaginarse la sorpresa que experimenté al ver el estacionamiento de coches del estudio, lleno de autocamionetas y la mayoría de las grandes estrellas vistiendo pantalones.

—¿Luego lo que tan mal vieron en usted meses antes quedó al fin como una moda reinante?

—Así es, y para llegar a esto me criticaron tanto, haciéndome la vida imposible. Marlene Dietrich fué la única que me defendió en aquella ocasión, y para exteriorizar públicamente su adhesión a mi modesta persona, una mañana se paseó por todo el gran bulevar de Hollywood vestida con "slacks".

Unos imperceptibles golpes dados en la puerta cortan nuestro diálogo:

—"Come-in"—autoriza Katharine con media sonrisa llena de encanto.

Entra en el saloncito una bellísima mujercita, casi una adolescente, de unos rasgos fisonómicos que me recuerdan a la que fué una gran actriz francesa que interpretó magníficos films en Hollywood, uno de ellos inolvidable, "El fran desfile", con el siempre recordado John Gilbert.

Katharine, con ademanes lentos, hace la presentación.

—¿Renée Adoree?—pregunto relativamente sorprendido, pues al verla me dí cuenta de su asombroso parecido con la célebre estrella de hace veinte años.

—En efecto, sí señor; Renée Adoree, sobrina de aquella gran artista que usted emocionadamente recuerda.

La tarde llega a su ocaso; a través de los estores del amplio balcón, que da a la principal avenida de Estoril, penetra una mortecina luz. Antes de marcharme miro una pequeña maleta de Katharine, en que su piel está totalmente cubierta de policromas etiquetas de los hoteles por donde pasó.

MANUEL TOVAR

La broma del profesor

Y UN GERENTE ASOMBRADO

ASEABAME una tarde por la parte baja de Broadway cuando di de manos a boca con el doctor Clyde R. Miller, profesor de la Universidad de Columbia y muy aficionado a las bromas. Rogóme que le acompañase a una importante diligencia y así lo hice. Llegamos a Wall Street, penetrámos en uno de los grandes edificios, bajamos al sótano y entramos en un restaurante casi tan grande como el Madison Square Garden. Una vez allí, Miller se puso a contemplar techos y paredes durante unos momentos, dió luego doce pasos cuidadosamente medidos, se detuvo y trazó una gran raya en el suelo con tiza. Volvióse hacia mí, que le miraba hacer, estupefacto, y, acompañando sus palabras con un movimiento de mano, me dijo:

—La nueva pared medianera va aquí. Taparemos aquel vano y pondremos allí la fila de lavabos.

Para entonces el gerente del negocio había hecho su aparición y preguntado con cierto sobresalto:

—¿Qué están ustedes haciendo?

—Venimos a eso de las nuevas obras—contestó Miller como quien se refiere a cosa sabida, y sacando del bolsillo una pequeña cinta métrica empezó a medir afanosamente.

—¿Pero... y mi contrato?—insistió el gerente, ya alarmado.

—No sé nada de su contrato—refunfuñó Miller—. No hago sino cumplir las instrucciones que he recibido de acuerdo con los planos.—Luego, dirigiéndose a mí, añadió:—Empleen a trabajar al lunes.

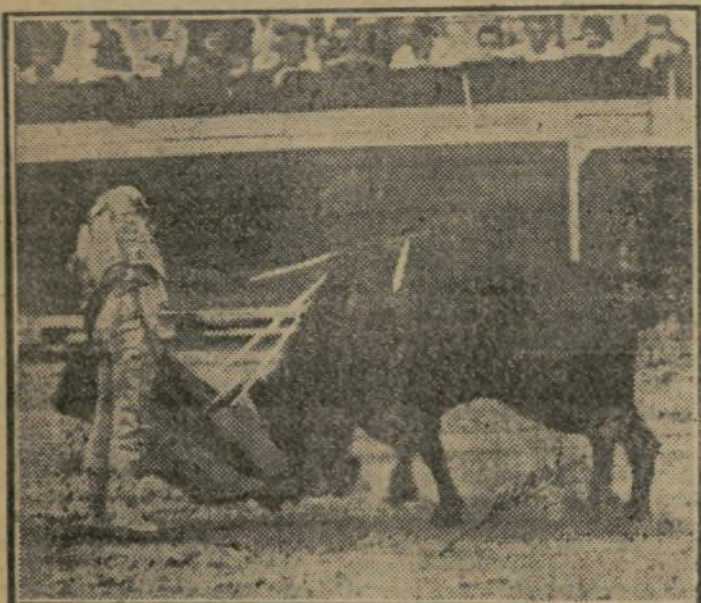
Y se fué, dejando al gerente con un palmo de boca abierta.

Un original muy poco ORIGINAL

WHIT Burnett, director del "Story Magazine", recibió un manuscrito que era una mezcla detonante de los famosos escritores norteamericanos Hemingway, Dos Passos, Faulkner, Cain y Saroyan.

—¿Tendría la bondad de decirme—preguntó Burnett al autor en la carta que acompañaba al devuelto manuscrito—si le dió a su mamá por leer antologías cuando usted estaba para llegar al mundo?

PEPE LUIS VAZQUEZ



EL TORERO DE LAS ALEGRÍAS

que lleva a los carteles la gracia inelipsable de la escuela BETICA

Cuando el torero moderno, extremando, día por día, su modalidad, se torna un angustioso alarde tancredil, he aquí que Sevilla, la alegre, alivia genialmente la angustia de la afición con el revuelo jubiloso de este pequeño, enorme torero, que se llama Pepe Luis Vázquez.

El lleva a los carteles la gracia imperecedera, inelipsable de la escuela bética. El arte de torear no puede ser sólo peligro: es gracia, es depuración, es buen gusto, es... arte.

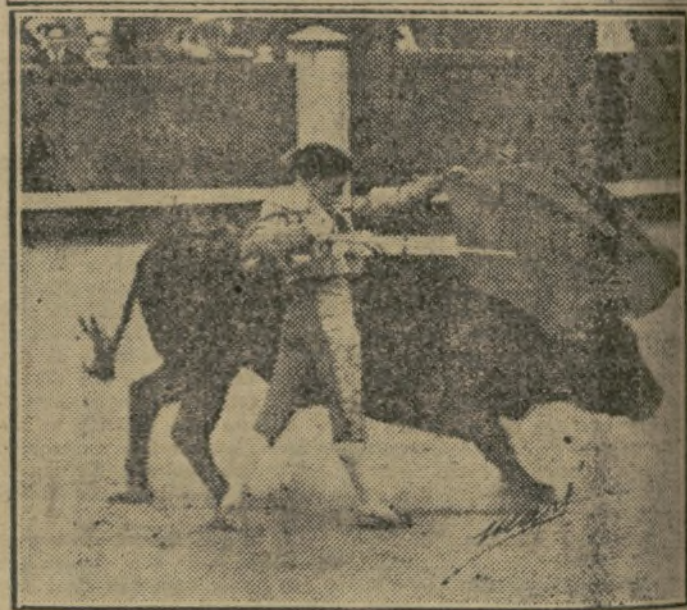
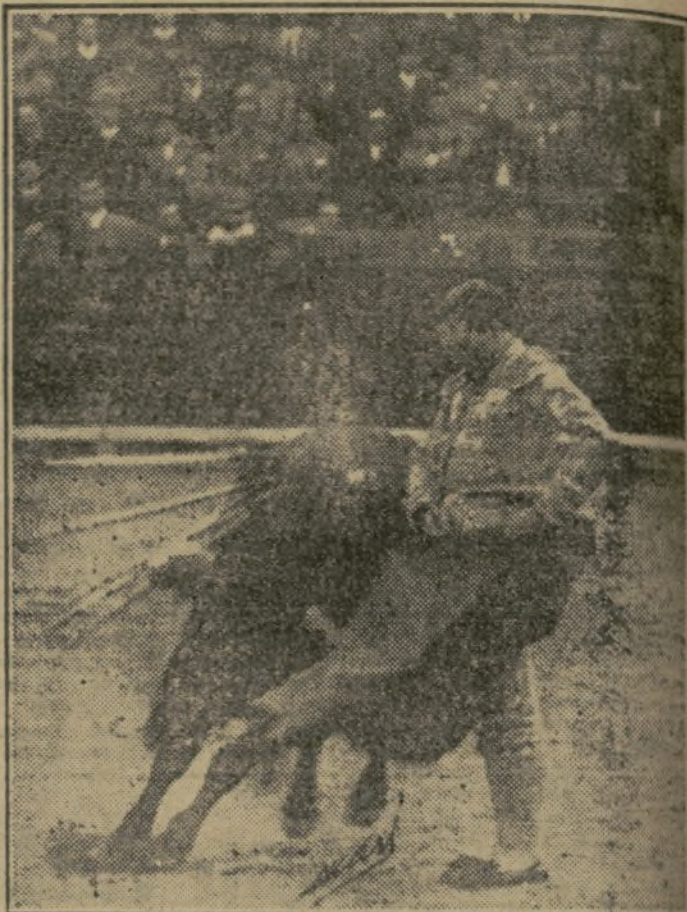
Y Pepe Luis Vázquez, que sabe parar, templar y mandar con una maestría que nadie en calidad le supera, nos regala además la alegría, la sal y el sol que hacen de la fiesta de toros la fiesta más jubilosa. La fiesta, y no la seca y sombría lucha, peligrosa en todo momento, a que iría a parar el torero si no surgieran maestros privilegiados como Pe-

pe Luis, que saben añadir a los temerarios despiantes la sabia y garbosa serenidad y la sorpresa de la estética: la alegría, razón de la fiesta.

Por eso atraen los carteles en que figura el gran torero sevillano, porque donde aparece Pepe Luis Vázquez es fiesta mayor. Fiesta del toreo, en que este ídolo regala a raudales la alegría de su arte personalísimo y además..., además, señores, toda la fuerte, toda la trágica emoción que pide la fiesta.

Pepe Luis Vázquez es lidiador cumbre: clásico y moderno, emocionante y sorprendente. Bravo y sereno donde estén los más bravos y seguros.

Y además alegre; la mayor alegría que pueda ofrecer en nuestros días un cartel de toros de primera calidad: el torero de las alegrías.



El ilustre doctor Alvarez Sierra, en una conferencia pronunciada recientemente, ha dicho que Madrid es una de las ciudades más sanas de Europa. Ha querido con ello, según confesión propia, combatir "la leyenda negra" de que nuestra ciudad es la ciudad de la muerte.

Hemos logrado ver al doctor Alvarez Sierra.

Queríamos, doctor, que explicase usted a los lectores de BUENAS NOCHES las razones que ha tenido usted para afirmar que Madrid es una población muy sana.

—Desde luego, lo haré con todo gusto. Considero que el mejor medio de divulgación de una idea o de un criterio es la Prensa. Yo, que he trabajado durante bastantes años en "El Imparcial", no puedo olvidar mi otra personalidad de periodista y estoy siempre dispuesto a servir a un compañero.

—Encantado, doctor, y agradecido. ¿Quisiera usted decirme por qué ha asegurado us-

Según el doctor ALVAREZ SIERRA, Madrid es una de las ciudades más sanas de Europa

EL VIENTECILLO DEL GUADARRAMA, del que tanto se reniega, es muy SALUDABLE

ted eso de que Madrid es sano?

—Mire usted; yo soy médico de la Lucha Antituberculosa, del Seguro de Enfermedad, de San Rafael y de varias entidades más. Asimismo, soy académico de la Sociedad de Higiene. Comprenderá usted que, debido a esto, he de ver diariamente una gran cantidad de enfermos. Pues bien: puedo asegurarle que en veinticinco o treinta años ha cambiado totalmente la fisonomía patológica de nuestra capital y ha mejorado de un modo completo respecto a la morbilidad y a la mortalidad. Tengo la convicción de que la morbilidad está en una tercera parte y la mortalidad en menos de la mitad que hace treinta años.

—¿Y a qué atribuye usted eso?

—A los desvelos constantes de las autoridades sanitarias, en primer lugar. Y también, a que Madrid es, indudablemente, una de las poblaciones más sanas del mundo.

—Pues no es eso lo que decimos los madrileños.

—En eso, como en otras muchas cosas, el que abomina y critica suele estar equivocado. Madrid ha padecido epidemias, como todas las poblaciones del mundo. La primera de que se tienen noticias fue la peste de 1507. En esta peste, según Hernández Morejón, hubo en Madrid tres mil muertos. Cifra crecida, desde luego, pero que no es nada si se la compara con 16.000 que hubo en Sevilla, 30.000 que hubo en Córdoba y 13.000 que hubo en Zaragoza.

Yo tengo experiencia—continúa diciendo el doctor Alvarez Sierra—del famoso "dengue" de final del siglo pasado. Entonces yo no era médico aún; pero lo recuerdo muy bien. El tifus del año 1909 lo conocí siendo yo alumno interno del Hospital de San Juan de Dios, donde fueron recogidos todos los contagiados. Y la famosa gripe del año 18, que tanto dió que hablar. Pues bien; en estas tres ocasiones, Madrid tuvo menos número de casos y más benignos que el resto de las provincias españolas. Como usted verá, Madrid ha sido, desde siempre, un clima más benigno

que el resto de las provincias. Y, entre otras varias, son dos las razones fundamentales para que así sea.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, los aires. Ese aire del Guadarrama, del que tanto maldecimos todos los madrileños, sirve para barrer las calles, arrastra los humos y el polvo y oxigena el ambiente. Ese aire, al que llamamos "traicionero" y que, en realidad, es nuestro mayor bienhechor.

—Tiene usted razón, doctor. Debemos una "explicación" al aire del Guadarrama por los insultos que le hemos dirigido.

—Además, tenemos las aguas. Son bonitas y el Ayuntamiento las vigila con esmero en sus estaciones de ozonización. Tenemos también un excelente alcantarillado, con 500 kilómetros de red. Otra cosa muy importante: Madrid es una ciudad de pocas moscas, cosa que es debida a la higiene general de la población. Y una de las cosas que más han influido en la sanidad de Madrid ha sido la intensa campaña de vacunación antitífica, antivaricólica, antidiftérica y, en general, toda clase de vacunas, ya que, según el teorema de Hasen, siempre que se hace una campaña contra una enfermedad, disminuyen también las demás.

—Esas campañas de vacunaciones, ¿cuándo dieron principio con intensidad?

—A principio de siglo, el sa-

rampón tenía complicaciones bronconeumónicas. Había escarlatina de formas malignas. Difteria, tifoidea, pulmonías graves y, sobre todo, lo más infamante: viruela. El gran salto del Madrid antiguo al Madrid nuevo y sano se da en 1919, en que el gobernador civil don Leopoldo Romero—que, por cierto, no era médico, sino periodista—dió una orden draconiana, disponiendo que en un plazo de sesenta días debían vacunarse todos los madrileños y advirtiéndoles que el que desobedeciera pasaría a la cárcel.

—¿Y obedeció el vecindario?

—Ya lo creo! La campaña la dirigió, en realidad, el doctor Chicote y el resultado fue el siguiente: mientras en los años 1915 al 1918 había en Madrid centenares de casos de viruela, el año que se procedió a la vacunación obligatoria no se registró un solo caso.

—Otro de los propulsores de la salubridad madrileña—prosigue el doctor Alvarez Sierra—fue el actual director general de Sanidad, doctor Palanca, que en los años 1924 a 1927, cuando era sólo inspector provincial, dió órdenes contra las moscas, sobre las aguas; organizó el riego de las calles, etc. Con todas estas medidas sanitarias ha aumentado el término medio de vida de los madrileños, que, a fin de siglo, era de cincuenta y cinco a sesenta años, y ahora pasa de los setenta.

—¿Y los alcaldes, doctor?

—Ha intervenido alguna vez el

Ayuntamiento en las mejoras sanitarias de la ciudad?

—Desde luego. Ha habido, sobre todo, cuatro alcaldes que se han desvelado en ese sentido: Méndez Alvaro y don Manuel María José de Gállo, ambos médicos, que rigieron la Corte a mediados del siglo pasado y que se preocuparon mucho de la higiene; pero, sobre todo, don Alberto Aguilera, que creó los bulevares, y el conde de Peñalver, que, al proyectar la Gran Vía, hizo que desaparecieran muchas callejuelas y sucias infectas para dar paso a una avenida moderna e higiénica.

—De forma, doctor, que, volviendo al principio de nuestra conversación, podemos asegurar que Madrid es una de las capitales más sanas de Europa.

—Yo sólo sé decirle que, después de haber viajado por toda Europa y casi toda América, he encontrado pocas poblaciones que puedan, no sólo mejorar, sino igualar a Madrid en este sentido...

—Entonces, y aunque sea un tópico, haremos, una vez más, uso del conocido refrán.

—¿Qué refrán?

—"De Madrid al Cielo", ¿no es eso, doctor?

—Ya lo creo, ya lo creo... ¡Madrid de mi alma! — L.



Ayuntamiento en las mejoras sanitarias de la ciudad.

—Desde luego. Ha habido, sobre todo, cuatro alcaldes que se han desvelado en ese sentido: Méndez Alvaro y don Manuel María José de Gállo, ambos médicos, que rigieron la Corte a mediados del siglo pasado y que se preocuparon mucho de la higiene; pero, sobre todo, don Alberto Aguilera, que creó los bulevares, y el conde de Peñalver, que, al proyectar la Gran Vía, hizo que desaparecieran muchas callejuelas y sucias infectas para dar paso a una avenida moderna e higiénica.

—De forma, doctor, que, volviendo al principio de nuestra conversación, podemos asegurar que Madrid es una de las capitales más sanas de Europa.

—Yo sólo sé decirle que, después de haber viajado por toda Europa y casi toda América, he encontrado pocas poblaciones que puedan, no sólo mejorar, sino igualar a Madrid en este sentido...

—Entonces, y aunque sea un tópico, haremos, una vez más, uso del conocido refrán.

—¿Qué refrán?

—"De Madrid al Cielo", ¿no es eso, doctor?

—Ya lo creo, ya lo creo... ¡Madrid de mi alma! — L.



PRESENTARA ESTA TEMPORADA

LA MEJOR CREACION DE LA MALOGRADA ESTRELLA

LUPE VELEZ

OLIMPIA D'AVIGNY perdió toda su GRAN FORTUNA EN LA GUERRA DE 1914

VIVE SIN MAS A PESAR DE compañía que la su ruina tiene de un gato ciego muy buen humor

La he visto, con sus gafas de metal, su cabello de plata y su pobre indumento — vestigio de un ayer esplendoroso —, penetrar en la pequeña tienda de comestibles. Algo me ha notado en sus ademanes que me ha incitado a seguirle. Dentro del establecimiento Olimpia d'Avigny, con una picaresca sonrisa, se ha dirigido a uno de los tenderos: —¿Tienen ustedes bombones? —¿Bombones? No, señora. —¿Usted se ha equivocado; esto por es una bombonería... Pero mientras hacía la pregunta yo he reparado en un objeto que Olimpia, cuidadosamente, dejaba caer al suelo, al borde mismo del mostrador. Y tal objeto resulta ser... ¡un ratón!, el cual, con pasitos vacilantes, como si estuviera mal herido, va a esconderse tras unos sacos próximos. Olimpia, con el rabito del ojo, observa



la huida del roedor, y cuando le oree a salvo, con otra sonrisa, dice al tendero: —Perdone, señor, y gracias... Y apoyándose en su modesto bastón, lentamente, abandona el establecimiento. Yo voy detrás, hasta que consigo darle alcance. —¿Qué causas le han movido a soltar un ratón en esta tienda? —Se lo acabo de quitar a unos muchachos que le martirizaban y he pensado que "ahí" tiene la comida segura... Y de pronto me viene a la memoria que Olimpia es secretaria honoraria de la Sociedad Protectora de Animales.

AYER Y HOY

Olimpia d'Avigny se ha convertido en el transcurso de los años en una ancianita de aspecto venerable y mirada candorosa. Su tez conserva la ternura de la juventud. Me da la sensación de que ha envejecido, como un traje barato después de caerle encima una lluvia torrencial. ¡Y qué viejecita tan buena, cariñosa y simpática resulta! Pero ¿quién no la recuerda? El nombre de esta que fué bellísima napolitana alcanzó bien pronto la máxima popularidad. Sin más armas que su espléndida figura y su arte exquisito firmó verdaderas revoluciones entre los públicos más selectos de todo el mundo. Tuvo dinero —todo el que quiso y un poco más—, alhajas, se paseó en triunfo por los más lejanos países, conquistó para su arte multitud de admiradores, fué querida y envidiada, jugó con el amor, con los hombres y con la misma vida...

MAESTRA DE ESCUELA

—¿Un poco de intervív, Olimpia? ¿Me quiere contar algo de su infancia? —Bueno; como ya no me importa quitarme o ponerme años, le diré que nací en Nápoles, en 1872. Siento no recordar el mes, ni tampoco se lo diría. Hasta los dieciséis años estudié para maestra. Yo no pensaba haber sido artista, pero tomé parte en una función de aficionados, y tan bien estuve que inmediatamente me contrataron para actriz de una de las principales compañías de comedia.

J. DE D.

SALONCILLO

EL CINCUENTENARIO



Don Jacinto Escudero y don Tirso Escudero se pasaban juntos el verano pasado por la Concha, de San Sebastián. Amigos desde su mocedad, don Tirso le recordaba a don Jacinto que habían transcurrido la friolera de cincuenta años desde que él —empresario— había estrenado en la Comedia su teatro —"El nido ajeno", la primera obra de gran éxito del insigne autor. Don Jacinto escuchaba a don Tirso sin decir nada. Pero a los pocos días le comunicó al veterano empresario y amigo cordial que se proponía celebrar el cincuentenario en cuestión escribiendo una obra que debería ser estrenada con los mismos elementos de antaño —autor, empresario y teatro— y para la que haría un reparto mínimo de papeles, puseo que el objeto no era otro que recordar y celebrar que habían pasado cincuenta años desde entonces.

Y ya tienen ustedes explicado el reciente estreno de "Nieve en mayo", el último definitivo éxito, por ahora, de don Jacinto en la Comedia, con don Tirso Escudero de empresario.

UN PRODIGIO DE DUCTILIDAD

Un artista teatral — actriz o actor — se encasilla, por regla general, en un género, y de ahí no sale ya nunca, bajo el socorrido pretexto de que lo demás "no le va". Este error no es privativo de tal o cual artista o de este o del otro país. La denominación suele ser de artista lírico o cómico o dramático, y con este bagaje el interesado o la interesada pasean por los escenarios del mundo lo que no sólo ellos, sino los públicos en general, denominan su arte.

Pues bien: en España tenemos una actriz catalogada hasta ahora en el género cómico —desopianta o desoyuntada, si se quiere— que además es capaz de cultivar a la vez el género dramático y aun el fino y señoril de la alta comedia. ¿Su nombre? Bien conocido es: Guadalupe Muñoz Sampedro. Ahora, de cabecera de cartel con su compañía, va a tener ocasión de demostrarlo. Los autores que le entregan sus obras lo ven y no lo creen. Guadalupe es varias actrices, muchas actrices en una sola, y los buenos aficionados al arte escénico podrán apreciar pronto un prodigio de ductilidad artística que no sea fácil vuelvan a presenciar en mucho tiempo.

RAMPERIANA



Rampér, en la pista de Price, vacila al andar y al hablar, haciéndose el tonto. Les del público —que no están de acuerdo con él— lo asaltan a preguntas e improvisaciones de las más absurdas y difíciles. El a todos contesta y con todos se enfrenta como puede. La mayoría de las veces con un salero y un ingenio que hace desternillarse a los que lo provocan y a los demás espectadores sin excepción.

Cuando termina su intermedio y trata de retirarse, el extraordinario caricato oye que una voz estentórea de las localidades altas, lo llama y le dice:

—Rampér... ¿A que no adivinas lo que estoy pensando de tí?

—¿Toma! Pues lo mismo que yo de tí... Y al otro:

—¿Qué es? Anda. ¿A que no te atreves a decirlo?

Y Rampér:

—Claro que no. ¡Por si las moscas!

EL QUE ALGO QUIERE...

Ana Mariscal sale de compras sola y a

pla. A pesar de sus enormes gafas negras,

que hacen el efecto de un antifaz. Anita

se ve asediada por las miradas y los re-

quebros de los que pasan a su lado, que la reconocen sin dificultad. Y como los hay

contumaces y... despiadados, uno sigue en

pos de la juvenil y rubia estrella, despa-

chándose a su gusto, es decir, "acribillán-

do" a piropos y galanterías más o menos

trasmochados y cursis.

Anita aguanta el chaparrón impertur-

bable. Un parado que ya le iba saliendo

perfecto —la Mariscal compone sus versos

por la calle— se volatiliza y disipa como la

sal en el agua. ¡Dí gran majadero del per-

seguidor! Y de pronto éste se coloca a su lado resueltamente:

—Tengo que verla a usted necesariamente —declara—, escribi-

le al menos. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por favor!

Anita decide tomarlo en broma y, sin inmutarse, le dice al

moscón sin detenerse y sin mirarle:

—Bueno: escribame usted a Hollywood, donde también le per-

mito que vaya a visitarme...

INCONVENIENTES DE LA POPULARIDAD

Pilar Millán Astray viajaba en el Me-

tro de las Ventas. Sabido es que la célebre

sainetera sigue conservando toda la arro-

gancia manolesta y señoril a un tiempo

de su primera juventud. En el mismo co-

che que Pilar viajaba también dos casti-

zos de los de pañuelo blanco al cuello y

gorrilla ladeada. Los dos miraban insis-

tentemente a la popular autora y cuchicheaban por lo bajo.

Sin duda, para convencerse mejor sobre la discusión que llevaban empeñada, el más decidido se adelantó hacia Pilar y colocándose a su lado, le espetó sin más circunloquios:

—¿Usted perdona, señora. ¿Es usted doña Pilar Millán Astray?

—De cuerpo entero, hijo. ¿Se le ofrece a usted algo?

—Como ofrecerse, nada —se disculpó el curioso, azoradísimo—, sino que ese "peñazo" que viene conmigo, se empeñaba en convencerme de que usted era doña Pilar Millán Astray, y como yo le llevaba la contraria y no estoy dispuesto a que se salga con la suya, ahora mismo voy a decirle que se ha "colado" y que usted es doña Eugenia de Montijo...

Juan DE ALCARAZ

ANTONIO FEIJOO, EL ALBAÑIL POETA, QUE SUEÑA EN EL ANDAMIO

POR ANOTAR UN SE SABE DE cuartelo casi se cae memoria más de de un quinto piso cinco mil poesías

LA INSPIRACION EN LAS NUBES

—Volvamos ahora al poeta.

¿Dónde se inspira usted?

—Generalmente cuando trabajo en los andamios; cuanto más alto estoy, más cosas se me ocurren. Un día por poco me caigo desde un quinto piso por apuntar un cuarteto que se me ocurrió. Me saltó de la barandilla para escribirlo, me caí y si no es por un compañero que me agarró de un brazo, a estas horas no estaría hablando con usted.

—¿Ha publicado algo de lo que ha escrito?

—Muy pocas cosas. Que yo recuerde tan sólo unos versos que envié teniendo dieciséis años a una revista semanal que se titulaba "Juventud Literaria".

ESPECIALISTA EN POESÍAS DE ABA-

NICO

—Se los pagaron?

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

Antonio Feijoo se descuelga

del pitillo?

—¡Ya lo creo! Precisamente no sabía qué hacer con esta caja de cerillas que tengo aquí... Pero aguárteme a que baje del andamio...

—Sí, hombre; le espero.

HUMOR DE CONTRABANDO

EL SEÑOR QUE QUIERE ADELGAZAR Y LA BELLA MASAJISTA



Razón y sentido de la GRACIA

¿Cuál es su chiste, señor caricato, que le ha divertido más al público?

ESTO de la gracia o la sin-gracia—que es práctica-mente la desgracia—es algo muy relativo, casi sin importancia, para el hombre medio que vive de un trabajo, que cobra por rendir un producto útil y utilitario; ahora bien—bien o mal—para uno de estos acreditados y distinguidos ciudadanos que hemos dado en llamarlos caricatos—porque de alguna manera hay que llamarlos para distinguirlos de otros artistas—el tener gracia o no tenerla es tanto como poder seguir viviendo o resignarse a

CUENTO DE HUMOR

EL JARDIN DEL BARBERO

CUANDO mi barbero hizo el suficiente dinerito para retirarse, compró una casita con jardín en las afueras de la ciudad...

Y en seguida adquirió todas las herramientas propias de un viejo jardinero: pala, hoz, rastillo, azadón, horquilla, regadera, carretilla, navajas y gruesas podaderas...

—¿Ve usted lo abandonado que se encuentra este jardín? —me hizo notar el barbero. Pues antes de dos años me lo peino yo...

Y volví pasados los dos años. ¿Qué se hizo de aquel jardín entregado a la orgía selvática de desarrollarse y florecer sin dueño ni señor? ¿Qué se hizo de su belleza natural y estallante? ¿Qué se hizo?

No me lo dijo él, porque cuando casualmente yo volví a los dos años sólo pude asistir a los funerales de mi barbero; pero me lo contó su viuda con estas dolientes palabras:

—¿Si usted supiera, mi buen amigo! Nunca debíeramos haber venido aquí! Y yo tuve la culpa... Yo fui quien le aconsejé que se retirara a descansar, a gozar de lo bien ganado con su trabajo... Pero no podía suponer su secreta afición a la jardinería... Ha sido el jardín, ¿sabe usted?... Se empeñó en hacerle la "toilette" mañana y tarde... ¡Sin descanso! Unas veces era el árbol copudo que había que podarlo con raya al medio; otras, los frutales, que había que sujetarlos bien rapados al espaldar. A los setos de mirto piso arreglarlos con la patilla corta, y al cenador en seguida le suprimió el moño y los tufitos... No toleraba que las parras estuvieran altas, y decía que las acostumbraría a tener trenzas para que los ramos colgaran cerca de las manos... Y afeitaba los rosales todos los días con la suca bien pelada. A un ciprés le quiso hacer un peinado a lo Mosart, y a un sauce, para que no llorara, le regaló con una petenera un tocado a lo paje...

—Si, verdaderamente, esto está desconocido... Lo encuentro excesivamente perfurado...

—Lo más grave fue cuando dió en decir que el abeto tenía el bigote caído...

—¿El bigote caído? La viuda lanzó un doloroso gemido y se secó las lágrimas con su delantal...

—Si, el bigote caído... Ya sabe usted que los abetos suelen tener las ramas hacia abajo, como los bigotes de los peones camineros, que no hay quien los domo... Y él se empeñó en rizarlos para arriba... Mirelo usted: por esa ventana; allí está...

En efecto, a través de los cristales descubrí un abeto que la mitad de las ramas las tenía hacia arriba, en forma de dos mostachos, con guías a la española, y en la parte alta de la elevada copa las exhibía hacia abajo... Con un aspecto chocante y jocoso...

—Cuando estaba en la mitad de su labor se le escurrió un pie y se cayó del abeto... ¡De eso murió el pobre!

Una fría ráfaga de viento estremeció las escasas ramas del jardín podado... Y el abeto, con la sacudida, pareció recobrar de repente su aspecto eterno: de lozano y verde paraguas...

TORRE ENCISO



morir. Y a morir no se resigna nadie más que cuando no hay otro remedio... Por esta clara y sencilla razón nuestros más des-

tacados caricatos se han apresurado a contestar a nuestra sencilla pregunta: ¿Cuál es su chiste, señor caricato, que le ha divertido más al público? Hablan los caricatos:



ROBERTO FONT

El grave, formal y sesudo don Roberto, cuando llegamos a su hotel, para intentar interrogarle, está durmiendo. Una doncella le despierta, pero no se levanta, y, en cambio, si se levanta, medio dormida, amable y gentilmente, su señora. A nuestra interrogación contesta:

—Yo creo que lo que más divierte al público de la actuación de Roberto es cuando sale tocando las palmas y se limita a decir una y otra vez: "¡Yo estaba aquí!... ¡Yo estaba aquí!... ¡Yo estaba aquí!..."

Y luego añade: —Al público no creo que haya nunca manera de entenderle; aparte de que ya sabe que Roberto es un hombre muy poco chistoso...

Y nosotros debemos de añadir: Pero muy gracioso.

SEPEPE

Mientras se afeita, sin riesgo de cortarse, nos dice Sepepe: —Muy pocas veces coincidimos el público y nosotros en la opinión sobre lo que realmente es o debía de ser gracioso. Lo que yo creo que debía de haber sido mi más celebrado chiste fue...

Trabajaba yo en Buenos Aires con el famoso artista de la pantalla Ramón Novarro, y en una de nuestras actuaciones a mí se me ocurrió presentarme en el escenario con una escoba. Hice un mutis prolongadísimo, hasta que un espectador me preguntó: "¿Qué haces, Sepepe?" Y yo contesté en el acto, señalando a mi compañero: "Aquí... no-barro..." Se oyó una carcajada para mí magnífica, pero una sola carcajada, que prácticamente no tenía ningún valor, porque era de mi hermano Salva. El público permaneció unánime con el rostro congelado. No se había reído mas que uno de la familia, y uno no sabe cuando la familia se rie con uno o de uno... El fracaso no pudo ser más integral...

Y, en cambio, tuvo un fantástico éxito hilarante esta bonita mentecatez: Trabajaba yo en el desaparecido teatro Romea, saliendo con chaquetillas de distintos colores. Los colores siempre han encorreado olerito simbólico. Una noche me dijo un gracioso: "¿A ver cuándo cambias de chaqueta, Sepepe?" Yo le repliqué: "¿Lo dices porque he sacado la marrón? Si llevo a saber que vienes tú saoo la verde..."

El público rió la réplica a mandíbula batiente, el público que posiblemente merecía "un verde"...

¿Quién, qué, cómo, dónde, cuándo?

He aquí un ejercicio con nado de brazos y piernas...

El primer tiempo consiste en poner las manos sobre la cabeza. Después se bajan los brazos sin desenlazar los dedos de las manos hay que meter el pie, según indica la figura...

usted aprende a realizar este ejercicio, además de gozar de una gran esbitez, podrá subir la escalera de su casa de dos en dos escalones... ¡Y así no le importará que no funcione el ascensor!

UNA FAMOSA REINA

Esta dama fué la última Regente de una Casa Real europea. Era la segunda hija de un Rey católico, aunque ella era protestante. Por la vergonzosa traición de sus aliados europeos firmó una paz separada con Luis XIV. Estuvo casada con un príncipe danés. ¿Quién es?

¿Cuándo vivió? ¿Quién era su padre? ¿Quiénes le sucedieron en el trono?

CONTESTACION

Ana Estuardo, Reina de Gran Bretaña e Irlanda, 1665-1714. Jacobo II. La casa de Hannover.

COMPRESA DOS VELAS... Cúmprese dos velas... Cúmprese también una caja de cerillas... Después hay que sentarse en el santo suelo, sino sobre el casco de una botella que es tan santo... Y colocado sobre una base tan inestable hay que encender con una vela la otra. Este juego causa la hilaridad de todos los que tengan la suerte de presenciarlo... ¡A divertirse tocan!

¿Quién, qué, cómo, dónde, cuándo?

He aquí un ejercicio con nado de brazos y piernas...

El primer tiempo consiste en poner las manos sobre la cabeza. Después se bajan los brazos sin desenlazar los dedos de las manos hay que meter el pie, según indica la figura...

usted aprende a realizar este ejercicio, además de gozar de una gran esbitez, podrá subir la escalera de su casa de dos en dos escalones... ¡Y así no le importará que no funcione el ascensor!

UNA FAMOSA REINA

Esta dama fué la última Regente de una Casa Real europea. Era la segunda hija de un Rey católico, aunque ella era protestante. Por la vergonzosa traición de sus aliados europeos firmó una paz separada con Luis XIV. Estuvo casada con un príncipe danés. ¿Quién es?

¿Cuándo vivió? ¿Quién era su padre? ¿Quiénes le sucedieron en el trono?

CONTESTACION

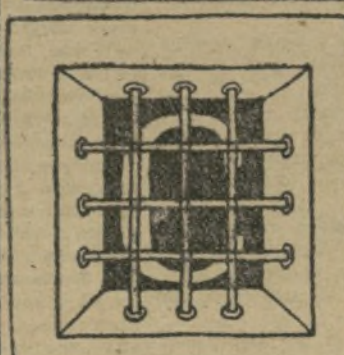
Ana Estuardo, Reina de Gran Bretaña e Irlanda, 1665-1714. Jacobo II. La casa de Hannover.

COMPRESA DOS VELAS... Cúmprese dos velas... Cúmprese también una caja de cerillas... Después hay que sentarse en el santo suelo, sino sobre el casco de una botella que es tan santo... Y colocado sobre una base tan inestable hay que encender con una vela la otra. Este juego causa la hilaridad de todos los que tengan la suerte de presenciarlo... ¡A divertirse tocan!

¿Quién, qué, cómo, dónde, cuándo?

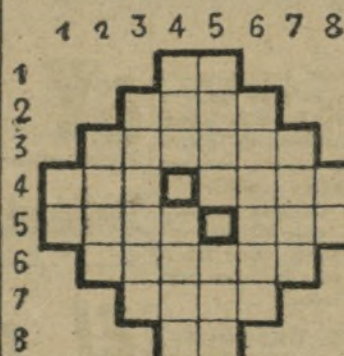
He aquí un ejercicio con nado de brazos y piernas...

CADA PASATIEMPO UN DURO



JEROGLIFICO

MUSICA POCO GRATA



PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES.—1: Freno nasal.—2: Arroja.—3: Hombre feliz.—4: Arborescente.—5: Hoja purpúrea.—6: Cero.—7: Algunos. Entregar.—8: Caudillo árabe.—9: Composición musical para una voz que, a veces, termina en muchas.—10: Campeón de chito.

VERTICALES.—1: Positivo.—2: Dos platos, pan, vino y postre.—3: Cobercio para el ganado.—4: Río de España. Señora de Abraham y mamá de Isaac.—5: Mobo. Flor simbólica.—6: Monasterio.—7: Secreto femenino.—8: Terminación de verbo.

Diez premios de un duro para cada una de las diez primeras soluciones correctas que se abran el próximo miércoles.

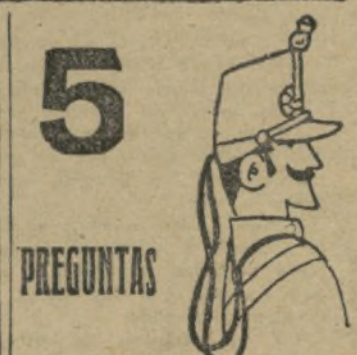
Las soluciones han de ser enviadas, precisamente, a BUENAS NOCHES, concurso de pasatiempos. Apartado 517, Madrid.

REPARTO DE UNA FINCA

(Problema)

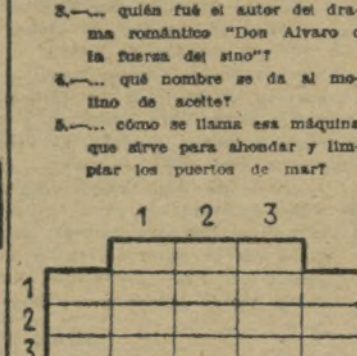
Cierto propietario rural repartió una finca de labor entre sus cuatro hijos varones. Dió al mayor una parte equivalente a cuatro doceavos de la superficie total de la tierra repartida. Al segundo y al tercero, que eran gemelos, dos partes iguales, equivalentes cada una de ellas a tres doceavos. Y al más pequeño una parte equivalente a dos doceavos. La finca repartida formaba un rectángulo y su reparto fué hecho de forma que cada una de las porciones en que se dividía lindase con las otras tres.

Podrían ustedes indicar los límites sobre esa rectángulo?



JEROGLIFICO

MUSICA POCO GRATA



PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES.—1: Freno nasal.—2: Arroja.—3: Hombre feliz.—4: Arborescente.—5: Hoja purpúrea.—6: Cero.—7: Algunos. Entregar.—8: Caudillo árabe.—9: Composición musical para una voz que, a veces, termina en muchas.—10: Campeón de chito.

VERTICALES.—1: Positivo.—2: Dos platos, pan, vino y postre.—3: Cobercio para el ganado.—4: Río de España. Señora de Abraham y mamá de Isaac.—5: Mobo. Flor simbólica.—6: Monasterio.—7: Secreto femenino.—8: Terminación de verbo.

Diez premios de un duro para cada una de las diez primeras soluciones correctas que se abran el próximo miércoles.

Las soluciones han de ser enviadas, precisamente, a BUENAS NOCHES, concurso de pasatiempos. Apartado 517, Madrid.

REPARTO DE UNA FINCA

(Problema)

Cierto propietario rural repartió una finca de labor entre sus cuatro hijos varones. Dió al mayor una parte equivalente a cuatro doceavos de la superficie total de la tierra repartida. Al segundo y al tercero, que eran gemelos, dos partes iguales, equivalentes cada una de ellas a tres doceavos. Y al más pequeño una parte equivalente a dos doceavos. La finca repartida formaba un rectángulo y su reparto fué hecho de forma que cada una de las porciones en que se dividía lindase con las otras tres.

Podrían ustedes indicar los límites sobre esa rectángulo?

Diez premios de un duro para cada una de las diez primeras soluciones correctas que se abran el próximo miércoles.

Las soluciones han de ser enviadas, precisamente, a BUENAS NOCHES, concurso de pasatiempos. Apartado 517, Madrid.

Podrían ustedes indicar los límites sobre esa rectángulo?

SI ES USTED TAN LISTO, HAGALO SI PUEDE!



Este difícil ejercicio consiste en hacer juegos malabares con un bastón, el cual se coloca sobre los zapatos. Y en el bastón se cuelga un pañuelo. Una vez hecho esto la operación se triba en cogerle con las manos sin doblar las piernas, realizando el movimiento que indica la flecha de la figura... Se recomienda este ejercicio para combatir la obesidad.



Si quiere usted disfrutar de una gran elasticidad en las piernas coja una silla y sujete con las manos el respaldo de la misma, sin perder su contacto, alzarse de la postura dibujada en primer plano para introducir la pierna entre los dos brazos que sujetan la silla... Si usted es capaz de realizar este ejercicio diez veces seguidas podrá, en lo sucesivo, hasta tomar parte en una carrera con vallas.



He aquí un ejercicio con nado de brazos y piernas... El primer tiempo consiste en poner las manos sobre la cabeza. Después se bajan los brazos sin desenlazar los dedos de las manos hay que meter el pie, según indica la figura... usted aprende a realizar este ejercicio, además de gozar de una gran esbitez, podrá subir la escalera de su casa de dos en dos escalones... ¡Y así no le importará que no funcione el ascensor!



COMPRESA DOS VELAS... Cúmprese dos velas... Cúmprese también una caja de cerillas... Después hay que sentarse en el santo suelo, sino sobre el casco de una botella que es tan santo... Y colocado sobre una base tan inestable hay que encender con una vela la otra. Este juego causa la hilaridad de todos los que tengan la suerte de presenciarlo... ¡A divertirse tocan!

¿Quién, qué, cómo, dónde, cuándo?

He aquí un ejercicio con nado de brazos y piernas...

LOS QUE CONQUISTARON EL ÉXITO

MARY PAZ y sus manías

Empezó a bailar a los NUEVE MESES y debutó a los doce años



Está dispuesta a pagar MIL PESETAS por unos buenos palillos

Los míos son una maravilla, hechos de palo santo. Los palillos me explica—hay que aliméntalos con aceite, envolverlos en papeles de seda y preservarlos luego en su bolsita. Por lo menos una vez al mes se han de limpiar cuidadosamente, y si se destemplan, meterlos en el horno. Todo esto lo hago yo personalmente, y si alguien me los mira siquiera, creo que van a estropearse.

—Pues qué les puede pasar?

—Son mucho más delicado de lo que crees. Si no se le alimentase o se destemplan, y dejaran así, ya no recobrarían su sonido a palillos, sería como el ruido de maderas.

—Veo que les tienes mucho cariño. ¿Qué pueden valer?

—Yo los tengo desde los nueve años. Ahora no los hay de esta clase. Entonces, unos treinta duros. Pero si yo no los tuviera y vinieran a ofrecérmelos, no vacilaría en pagar mil pesetas por ellos.

MONTA SUS BAILES SENTADA

—¿Quieres explicarnos ahora cómo montas tus bailes?

—Sentada.

A mi gesto de extrañeza se apresura a confirmar.

—Sí, sentada. Y sola. No me gusta que haya nadie. Escucho la música cuatro o cinco veces. Luego me levanto y bailo. Ya está montada la danza.

—Pues no deja de ser un modo original de montar un baile.

—Es posible que sí, pero yo sería incapaz de hilvanar un baile paso a paso. Lo monto en la imaginación y luego lo interpreto. Muy sencillo.

—Sencilísimo.

LA CONDICION INDISPENSABLE

—Pero hay un requisito indispensable—me previene—. Jams más podría montar una danza si no estuviera vestida con un traje negro de ensayo de un



chas la música que has de montar estás sola, aislada, imaginando el baile e incluso viendo ya el decorado, las luces y el público, jugando con el vestid de escena apropiado, ¡qué importancia puede tener que en el momento del ensayo tengas un traje negro o amarillo y que las costuras vayan a un lado o a otro, siempre que no te molesten! ¡Si tú en ese momento no estás allí!

Mary Paz calla un momento considerando mi lógica.

—No sé por qué será..., pero lo necesito. Mi traje negro y el pelo muy recogido en una redcilla fuerte. Como se me saiga un solo cabello tampoco puedo seguir.

ALFONSO DE RETANA



EL HOMBRE visto por su SECRETARIO

Don Juan Contreras, marqués de Lozoya, director general de Bellas Artes

Don Pedro Herrera, secretario del marqués de Lozoya desde hace muchos años



PEDRO HERRERA nos habla del marqués de LOZOYA, director general de Bellas Artes

ESTAMOS en el Ministerio de Educación Nacional y Bellas Artes. Nos recibe un señor de simpático aspecto.

Exponemos el motivo de nuestra visita y él—después de invitarnos a que pasemos a un amplio salón contiguo a su despacho—nos responde:

—El carácter del marqués es tan sencillo, tan bondadoso—hasta puede decirse—, tan tímido, que me es imposible en contrario defectos. Una anécdota curiosa puede citarse que pruebe el concepto que todos cuantos le conocen tienen formado del marqués de Lozoya.

Cuando le nombraron director general de Bellas Artes el director general de Arquitectura,

don Pedro Muguruma, dijo: "Sólo hay una cosa en contra del marqués de Lozoya y es que es demasiado bueno."

Y esto resulta, en realidad, su defecto...

—¿Cree usted que la bondad le perjudica?

—En muchos casos sí. No todas las personas obran como él, de buena fe. Además se crea complicaciones innecesarias por atender a cuantos vienen a llamar a su puerta.

Ha dado empleo a multitud de parados que han acudido a él porque conocían su bondad y casi todos dicen—aunque no sea cierto—que son de Segovia, porque como el marqués ha nacido allí... Se ha dado el caso de colocar a un hombre que ha venido aquí llorando lástimas y a los pocos días nos hemos enterado de que le han metido en la cárcel. Pero estos casos no le hacen desistir de su costumbre de ayudar a cuantos necesitan su apoyo.

—Entonces su vida será un curioso anecdotario de obras buenas...

—Sí; éstas son las únicas anécdotas que de él puedo contar. Lleva una vida muy igual, muy ordenada, en la que es difícil encontrar detalles ruidosos. Sin embargo, son muy sensibles los detalles que tiene en lo que se refiere a buenas obras. Hay siempre "cola" de necesitados que le aguardan en la puerta del Ministerio, a la salida de la iglesia y en su

Los parados que dicen que son de SEGOVIA

casa. Y es inútil cuanto hagamos por que le rodeamos para defenderle de cuantos le asedian, porque, en realidad, de quien tenemos que defenderle es de él mismo... Algunas veces, cansado ya de recibir peticiones difíciles de conceder se lleva las manos a la cabeza al ver que entra en el despacho un nuevo solicitante de sus bondades. Pero nosotros obramos ya a sabiendas de que si no es aquí le asediarán en su casa o a la salida del Ministerio. Cuando decimos a alguien que el marqués no puede recibir, nos responde: "Es igual... Me recibirá en su casa..." Otras veces—esto es curioso—nos encontramos apurados porque llevamos un asunto oficial difícil y cuando vamos a darle cuenta de él, nos dice: "Bueno, vamos a ver primero el asunto del hombre ese que me espera... Pobrecillo, parece muy necesitado..." Y deja los asuntos oficiales relegados a segundo término, cuando cree que, efectivamente, quien acude a él tiene verdadera necesidad de su ayuda.

—Y en cuestión de trabajo?

—También se desvive por atender a todo. Trabaja intensamente y no niega ninguna de las colaboraciones que con tanta frecuencia le piden. Como tampoco se niega nunca cuando le llaman para que inaugure cuantas Exposiciones presentan los artistas. Después de atender a todos estos asuntos aún le queda tiempo para dedicarse a su "Historia del Arte", en la que trabaja con verdadero cariño.

—¿Qué particularidades le caracterizan además de su bondad y laboriosidad?

—Es un hombre muy case-

ro. Adora el hogar y siente empender viajes que le alejen de la familia. En su último viaje a Barcelona se sintió enfermo. Tuvo que volverse a Madrid y dijo a su mujer que diera las gracias a su indisposición porque le había recatado a su lado... Sus niñas adoran en él y por las mañanas le entretienen con sus juegos hasta que llega el momento de empezar la fructífera labor intelectual que el marqués de Lozoya lleva a cabo diariamente. Trabaja mucho y tiene la habilidad de conseguir que el tiempo dé de sí todo cuanto él necesita para realizar sus trabajos. Prefiere, para escribir, las horas de la noche. Entonces es cuando escribe su "Historia del Arte" con verdadera ilusión de artista.

Pedro Herrera no nos dice más acerca del marqués de Lozoya, pero en sus palabras queda sintetizada la opinión inmejorable que del director general de Bellas Artes tiene su secretario.

PIERRE YVARS

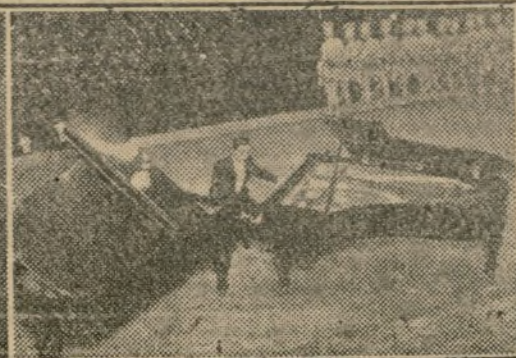
Las juntas de reclutamiento hubieran declarado inútiles a NAPOLEON WASHINGTON BISMARCK GRANT JULIO CESAR NELSON GUILLERMO II Y WELLINGTON

A pesar de la importancia que se da a la idoneidad física para el servicio militar no es precisamente la utilidad más indispensable. Por la seguridad nacional mucho más importante cultivar y aprovechar el genio naval y militar de ciertos hombres. Claro está que no existe fórmula para hacerlo, pero, desde luego, puede afirmarse que la idoneidad física no da la clave. Las Juntas de Reclutamiento hubieran declarado inútiles a los siguientes genios de la guerra:

Napoleón, por padecer de úlceras del estómago; Jorge Washington, por tener los dientes postizos; Bismarck, por pesar demasiado; U. S. Grant, por alcoholismo; Julio César, por epilepsia; Horacio Nelson, por ser tuerto y manco; al Kaiser Guillermo, por tener un brazo seco, y al drake de Wellington, por falta de peso.

DIA DE CONCIERTO

El concierto que, sin reparar en gastos, ofrece BUENAS NOCHES a sus lectores no puede ser más original. Tres famosos artistas de las teclas les deleitan a ustedes con una magnífica música muda, y uno de ellos hasta toca a dos pianos con singular maestría, como puede verse.



PENSAMIENTOS

Por
LUCHY
SOTO



Luchy Soto, la bellísima y rutilante estrella de la pantalla, nos demuestra en esta breve composición toda su inspirada vena poética y toda su exquisita feminidad

ME acabas de preguntar lo que el mundo me parece.
¡Un infierno enfurecido!
Pero... el amor lo embellece.

Alma voluble e inquieta,
¿adónde vas a parar?
Estate quieta en tu sitio
porque puedes tropezar.

Cocktail, sport, cine y fumar.
Esto es lo que importa al mundo.
Pero ¿es que no hay nada más?

Hay que lograr para el cine español un GOYA, un CERVANTES, un FALLA

Por ANA MARISCAL



EN cine, nuestro afán proyectado hacia el exterior, hacia el extranjero, tiene que ser necesariamente un afán introspectivo, el mismo de siempre. Paradójicamente, un afán enfocado hacia nosotros y por nosotros, de una manera objetiva, sin pasión, pero con sinceridad, con una vehemencia incontrolable, como es, como debe ser en todo afán. Un afán edificado sobre el corazón, el mismo corazón puesto en pie que entregamos al acometer una nueva realización.

En una buena interpretación es a fuerza de ahondar, de palpar y variar el sentimiento que damos con la expresión, con el matiz que, cristalizado, hecho gesto, habrá de transportar nuestra inquietud al espectador. Y así es también cómo nuestro cine habrá de imponerse, sin alardes ni falsas pretensiones, sino ofreciéndose a sí mismo en una ansia de perfección.

Nuestro público —vergüenza da confesarlo— huye de las películas españolas como el diablo de la cruz. ¿Por qué lo hace? En esa pregunta está la clave del cine español, su gran defecto.

El público de estreno, que es el que se hace oír, el que habla, comenta, desprecia o elogia, es, sin duda, el que da la pauta artísticamente. Ese es el público que, de una manera absurda, se deja ganar por lo extranjero. Desprecian nuestro cine. Sólo tienen una razón para hacerlo, pero en ella se apoyan con toda su fuerza: al cine español le falta "cachet", le falta clase, calidad. Ese es el único defecto de nuestro cine. Únicamente por eso el público prefiere el cine extranjero, especialmente el americano. Y es que la clase es fácil tenerla en el gusto; el buen gusto está muy desarrollado en nuestro público, que sabe discernir entre una seda natural y una artifi-

cial. Sabe quedarse con la primera, colgársela y hacer creer que su alma es también seda natural. Pero que en una película el alma de cada cosa, de cada persona, desde el extra que se pone un abrigo a la estrella o el director, que todo trascienda calidad, es algo que en España sólo podemos lograrlo a costa de derrochar un arte cien veces superior al que se necesita en América, por ejemplo. Porque esa calidad que a nosotros nos falta es una calidad de pitillera de cristal, de mujeres bien peinadas, de donaire, de un saber vestirse para cenar todos los días. Cuando esa calidad se nos da en el cine americano, y se nos da siempre, es suficiente para que la película parezca magnífica o, por lo menos, para conformarse y no saber qué decir. No es cuestión de dinero, sino de espíritu. Esa calidad, en América, es el pan nuestro de cada día. En España, no. Pero es que esa no es una calidad artística, no tiene nada que ver con el arte. Porque cuando el arte surge esa calidad ficticia no existe, ha perdido toda su importancia. Se olvida si la tenía y no se nota su falta si carecía de ella, porque el arte auténtico la lleva ya en sí. Es un factor que se da por descontado. No puede haber faltas de ortografía en una obra maestra de la literatura. La diferencia está en que, cuando no se llega a la obra maestra, a los americanos les queda por lo menos el barniz, una superficie pulida, mientras que a nosotros se nos descubre una madera, de caoba sin duda, pero con todos sus repelos al aire. Por eso necesitamos derrochar más arte que nadie. Necesitamos llegar al máximo siempre. Si alguna vez nos contentamos con sacarnos un poco de brillo, tampoco sirve. Es precisamente entonces cuando nos damos cuenta de que nuestro temperamento no se conforma con una superficie pulida. Nuestra meta es lograr para el cine un Goya, un Cervantes, un Falla, y mientras, o logramos esa clase, ese "cachet" que, cuando una película lo tiene, hace decir de ella: "¡Huy, no parece española!"; una de dos: o logramos esa calidad en todas nuestras realizaciones, buenas y malas, para ganar la confianza del público, o tenemos que conformarnos con que, cuando pongan una película española, la gente se cruce a la acera de enfrente y no la acepte por sistema, mientras se tolera tanta y tanta película estúpida por el mero hecho de ser importada.

COLABORACION ESPECIAL

ANA MARISCAL,
LUCHY SOTO y
JOSITA HERNAN

escriben para
BUENAS NOCHES

TODO el mundo se figura que las estrellas de cine, una vez conquistado el estrellato, se limitan exclusivamente a hacer películas. A lo más, les conceden ciertas aficiones, que bien pueden ser deportivas, literarias o musicales. Nadie se atrevería a suponer en Greta Garbo un germen de pintora, ni en Diana Durbin un estilo perfecto de novelista. Sin embargo, Greta Garbo maneja los pinceles con maravillosa gallura, y Diana Durbin ha publicado algunas novelas.

Por regla general, las estrellas cinematográficas no se conforman con desenvolverse en el espacio del arte que constituye su medio de vida y su auténtico afán, cultivando otra cualquiera faceta artística en la que aspiran hacerse famosas y populares, tan populares y famosas, por lo menos, como lo son en el séptimo arte. En nuestro cine son muchas las estrellas que cultivan con verdadero entusiasmo otras profesiones artísticas. Desde luego, la literatura es la que cuenta con un mayor número de partidarias.

En esta página de "Colaboración especial" del número extraordinario de BUENAS NOCHES, tenemos el placer de ofrecer al lector algunos trabajos poéticos y literarios debidos a las plumas de tres escritoras nuevas: Ana Mariscal, Luchy Soto y Josita Hernán. ¿Las conocen ustedes?

Sabemos de Ana Mariscal que siempre sintió gran afición por la literatura, pero que nunca se había atrevido a cultivarla por no considerarse con aptitudes para tan ardua labor; hasta que un día cualquiera de un año muy reciente rompió a escribir... El primer artículo de Ana Mariscal —nos es grato recordarlo— trataba de cine y se publicó en PUEBLO.

De Luchy Soto sabemos que ni ella misma recuerda cuándo empezó a escribir poesías. Los primeros versos brotaron de su espíritu de un modo tan natural que no sorprendieron a ninguna de las personas que la rodeaban, como si ya esperasen que en ella surgiese de un momento a otro la poetisa. Y es que Luchy—todo hay que decirlo— se ha distinguido siempre por su percepción de sensibilidades, que necesariamente tenía que encarnar un gran sentido poético.

En cuanto a Josita Hernán, conocemos que empezó a cultivar la poesía a los doce años, después de una visita al Alcazar toledano. Actualmente tiene publicados dos libros de versos: "Sirenita yo" y "El pescador de estrellas", al primero de los cuales pertenece la poesía que ha tenido la gentileza de enviarnos para esta página de "Colaboración especial".

Y ahora juzguen ustedes a las nuevas poetisas y escritoras...

INEDITOS

FELICITACION (Murcianica)

Pequeña BUENAS NOCHES

un versico te mando

pa que lo luzcas como flor humilde

cundo cumplas un año.

Apenas si salió de mi cabeza

y ya me tieno de placer llorando,

porque, si he de contarte mis verdades,

esta flor se ha engendrado

en el lado del pecho

donde tie su "palacio".

esa cosa que tanto nos estorba

en los tiempos que estamos:

el corazón; el mismo

la hizo como si fuera un boticarioz

un gramo de poesía

y gratitud (vehículo)... un carro.

¡Cómo pensar, pequeña,

que el poeta que tú has acariciado

deje de enviarte su amapolita humilde

cundo cumplas un año...?

Isidoro DE LA UNION

LA PUBLICIDAD EN ANDALUCIA
TIENE UN NOMBRE PROPIO:

"Publicitaria DIANA"

¡El anuncio que da siempre en el blanco!

Granada, 27 MALAGA Teléf. 2413

S A B A D O

Por
JOSITA
HERNAN



Josita Hernán, la polifacética artista, ha tenido la gentileza de dedicar a BUENAS NOCHES este poema, que cae de lleno dentro del postismo.

LA noche de nardos vela la quietud de mi ventana...

Cabalgando en las tinieblas
llegaron hasta mi casa,
caracolas en los ojos,
hueco de carne y de alma.

Era horror de rezo y muer
la frialdad de sus miradas...
—¡Brujas! ¡idos! ¡idos! ¡idos!!!
¡No me rocéis las espaldas!
¡Son puñales vuestras risas
y en la nuca se me clavan!

¡El horror de los suspiros
en sus bocas desdentadas!
¡Espanto de hielo y fuego!
¡Que me ahogan! ¡que se vayan!!

La noche de nardos vela
la quietud de mi ventana.
Sonriente, cuidadosa,
con su yatagán de plata
fué segando las cabezas
de las doce brujas malas...

Mis labios reflorecieron,
mis manos ya no temblaban,
mis ojos se abrieron grandes
como dulces esmeraldas...

La luna se puso roja
con la copa ensangrentada...
La noche se fué riendo
con pudor de enamorada...

BUENAS NOCHES COCK-TAIL

Por PEDRO CHICOTE

EN esta misma página, para cerrarla con tan digno y grato colofón, ofrecemos a ustedes el "cock-tail" que Perico Chicote, colaborador especialísimo de nuestro número extraordinario, dedica a los lectores inapetentes de BUENAS NOCHES.

El popular y simpático "barman", que ha logrado la fórmula de este delicioso "cock-tail" después de largos y trabajosos experimentos, garantiza que basta una copa pequeña para que el bebedor inapetente se vuelva voraz. Las pruebas del nuevo producto de su inteligente numen han sido ya realizadas con éxito excelente. Seis vegetarianos a quienes se lo dió a probar salieron corriendo para avisar en sus casas que aquella noche les preparasen de cena un pavo, y nada de rodearle con patatas, sino de pollos con tomate.

Brindemos, pues, con el "cock-tail" "Buenas Noches" que Perico Chicote les dedica



a ustedes. Y avisen, avisen en seguida que les vayan preparando, cuando menos, un plato con tomate... rodeado de pavos.

¡Por ti, lector inapetente, alzamos nuestras copas!

Prepárese en coctelero:

Unos pedacitos de hielo.
Unas gotas de Curaçao.
1/3 de copita de poncha.
1/3 de copita de coñac.
1/3 de copita de vermut.

Agítese muy bien y sirva en copa de "cock-tail", dando una guinda.



El odontólogo.—¿Qué muela es la que le duele?
La acomodadora.—El palco de la derecha, número 3.

El extravagante caso del señor NORTON

(NARRACION POLICIACA)

CUANDO David Norton cruzaba su mirada con la de su secretario, Perrison, un estremecimiento le sacudía cruelmente la espina dorsal. Había mucho odio en aquella mirada que llegaba a obsesionarle, que le vigilaba y seguía sus pasos uno a uno, que centelleaba cuando su latido poseedor descubría algún pequeño truco en las cuentas del señor. Un día se atrevió David a preguntarle:

—¿No pone usted excesivo celo en las cuentas, Perrison? Le miró el secretario muy profundamente, movió la cabeza, como sólo él sabía hacerlo, y depositó, con parsimonia, la carpeta voluminosa sobre la mesa.

—Si no lo hiciera no cumpliría con mi deber, señor.

Norton se mordió los labios y optó por el silencio. Una rabia profunda, un odio feroz que le nacía de la entraña le atormentaba siempre que el otro llevaba la razón, siquiera aparentemente. Porque era verdad lo que decía Perrison: en alguna ocasión descubriría un fallo en las cuentas presentadas por él, su expulsión del seno de aquella gran casa, que le había legado su padre, sería fulminante. Pero le temía, porque conocía todos sus secretillos, porque estaba presente cuando su padre le rogó en sus últimos momentos que no se deshiciera de tan valioso servidor, porque había ocultado los hurtos que verificó en la bolsa paterna y, sobre todo, porque se había convertido en barrera infranqueable entre su amor y el de Elisa Blenz, la secretaria bibliotecaria. Sin embargo, aunque no existiera esta serie de prejuicios en su cerebro, Norton hubiera odiado igualmente a Perrison.

LA PARTIDA DE TRESILLO

El coronel Landen y su esposa, la encantadora Silvia, jugaban con Norton. Elisa Blenz descansaba mientras sus ojos estaban fijos en la lumbre de la chimenea cercana. El inevitable Perrison estaba allí, de pies, discretamente separado del grupo jugador. Una sonrisilla diabólica apuntaba de cuando en cuando en sus labios finos y secos. Norton perdía.

—Está usted muy distraído, querido huésped—le dijo el coronel.

Pero Norton no veía, porque la nube de odio le subía hasta los ojos. Estaba seguro que Elisa no le miraba debido a que se hallaba sometida a una orden que le estaba transmitiendo el cerebro del secretario. "Le ordena que no me mire; le ordena que no me mire", pensaba. Desde pequeño había sentido una adhesión instintiva a los juegos de hipnotismo y telepatía, que a su padre gustaban tanto. De aquí el prestigio de Perrison en aquel hogar, pese a los esfuerzos de la madre de Norton, que aborrecía al secretario. La pobre mujer murió sumida en la amargura. También ella... Era mejor no pensar en esto.

—Ha vuelto usted a perder. La voz de Silvia tintineó en el oído de David como un bálsamo encantador.

—Me he quedado sin dinero—respondió tocándose la cartera.

En este momento se acercó Perrison y ofreció sus servicios.

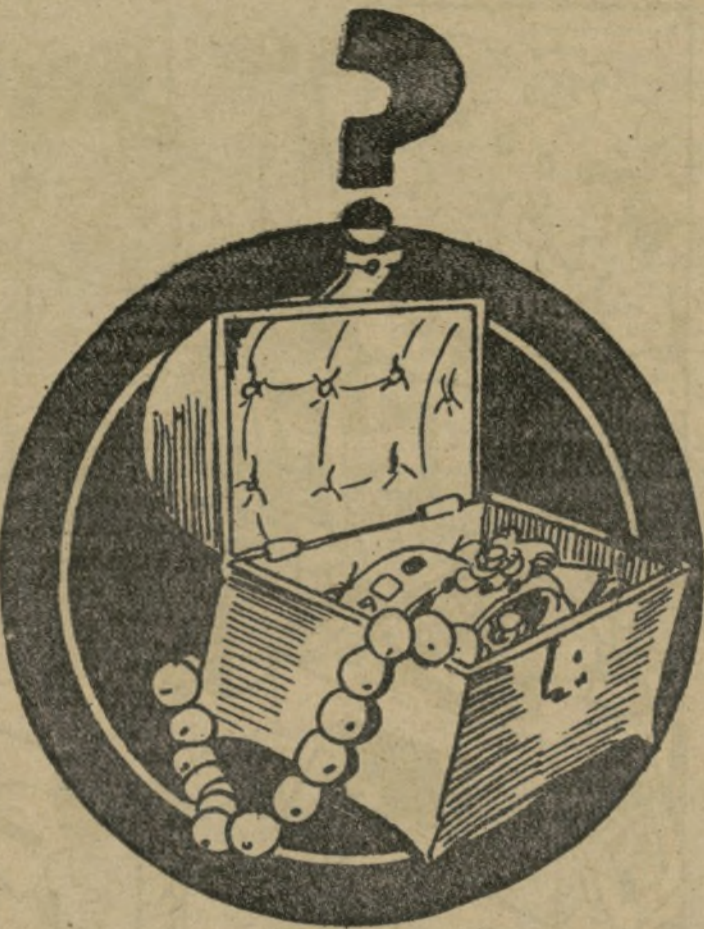
—Haga usted lo que debe—ordenó David con voz ronca ante la extrañeza de los contertulios. Perrison clavó sus ojos fríos y penetrantes en los de su señor. Lo atravesó materialmente con su mirada hasta hacerle temblar de miedo.

—El señor no recuerda tal vez que esta mañana fué depositada una gran cantidad en el Banco. La caja general está vacía, pero en la particular del señor...

Era una insinuación aviesa; estaba seguro de ello. Lo que Perrison pretendía era fisgar en su caja privada, pues bien era cierto que había depositado todo el dinero embolsado durante el mes no era menos verídico que aquel "monstruo" intentaba conocer sus secretillos.

—Pero no deben ustedes molestarse en acarrear dinero. Yo le presto, Norton—intervino el coronel, que no abandonaba jamás el acento de su voz, como si estuviera constantemente en el campo de batalla.

—Permítame, coronel. Tengo mucho interés en que Perrison vaya ahora a mi habitación particular.



Dijo estas palabras, recalcándolas, con tono de desafío y hasta se atrevió a mirar arrogantemente al secretario. Elisa deslizaba, asombrada, sus hermosos ojos azules de uno en otro personaje. Respiró Norton, henchido de gozo, porque suponía que su arrogancia había atraído la atención de la hermosa mujer. Desde este momento trataría muy duramente al secretario para que se convenciera que él no se dejaría dominar como su padre.

De pronto recordó que había depositado en la caja unas joyas de uso femenino, adquiridas con el propósito de subyugar a Elisa. Pensó, en medio de silenciosa alarma, que el astuto secretario lograría una prueba fehaciente de sus intenciones y comenzó a sentir nuevamente miedo. Levantóse de un salto y, sin disculpar su actitud, se lanzó tras de Perrison. En el vestíbulo alcanzó la pieza.

—Deme usted esas llaves.

—El señor me las ha dado para...

—Vaya, no discuta. No estoy dispuesto a consentir ese tono. Deme esas llaves.

—Perdone el señor si he sido incorrecto.

—No, no. Tal vez demasiado correcto...

Estaba asombrado de sí mismo, de su osadía y de su serenidad. ¿Cómo no había descubierto antes que para dominar a Perrison había que tratarle muy duramente? Comenzó a subir las escaleras que conducían hasta la galería donde se hallaban sus habitaciones y se volvió presintiendo que el secretario continuaba quieto en el "hall". Efectivamente, allí estaba Perrison imperturbable, hierático, inmóvil. Sus ojos adquirían, extraña fluorescencia, que impresionó a David. Al llegar a la galería se detuvo nuevamente y volvió otra vez la cabeza. Allí estaba Perrison y juraría que se hallaba más cerca de la escalera. Un presentimiento le asaltó de pronto y paralizó su corazón. ¿Se proponía seguirle hasta sus habitaciones?

—¡Bah!—dijo no muy seguro de sí mismo. Y al doblar la esquina del primer trozo de la galería y pasar junto al gran arco del balcón que se asomaba sobre el "hall" miró una vez más. Ahora estaba Perrison subiendo la escalera con estudiada lentitud. Un nudo agarró su garganta.

Pero no estaba dispuesto David a dejarse intimidar y continuó sus pasos hacia la habitación donde se hallaba la caja. Adivinaba la presencia de Perrison a su espalda, sentía su mirada clavada en el cuello y lo sentía cada vez más cerca. Las piernas le flaqueaban y no se atrevía a girar sobre sus talones y adoptar una última postura arrogante. El miedo invadía su corazón, que apenas latía, y puso, insensiblemente, una mano sobre la pared al llegar a la puerta de la habitación. Estaba seguro que se acercaba Perrison, con sus ojos grises y fríos, iluminados por una luz criminal. Se aproximaba felinamente... ahora extendía sus manos, que le aprisionaban, le atenazaban.

—¡Ah!

Perdió los sentidos.

LA HORA "HACHE" DE NORTON

Algunos días después David Norton continuaba recluido en sus habitaciones. Resultaron inútiles los esfuerzos que hicieron amigos y deudos para convencerle que había sido víctima de una alucinación.

En vano el coronel Landen le explicaba que aquella noche habían acudido, alarmados por su ausencia, y lo hallaron tendido en el suelo, sin conocimiento. Perrison, que se presentó después en el lugar de la escena, realizó esfuerzos sobrehumanos para reanimarlo. Elisa había sollozado mucho.

Pero en el rincón más íntimo de su alma persistía la llama de una terrible desconfianza y de un pavor incontrolable. El estaba seguro que el secretario había intentado asesinarle. Ahora fingía como un consumado actor para

facilitar otra ocasión en que poder asestarle el golpe definitivo. Como medida preventiva dió órdenes para que Perrison no entrase en sus habitaciones. Los asuntos eran despachados diariamente con Elisa, que bajaba sus ojos siempre que Norton le dirigía los suyos suplicantes. En estos baches de su moral solía iniciar ella una ofensiva a favor del secretario. Trataba de hacerle comprender su injusto comportamiento, para todos inexplicable y poco adecuado. Pero esto perjudicaba grandemente a Perrison, porque el ya neurasténico Norton sospechaba ciertas cosas.

—Hay que llamar a un detective—propuso un día. Y Elisa se enfadó visiblemente.

—¿Para qué?

Al fin se presentó un nuevo personaje. El detective Addison, un poco extrañado, accedió a los requerimientos de Norton y escuchó con mucha atención la serie de pretendidas pruebas que expuso la "víctima".

—Todo eso parece razonable, pero es necesario que vuelva usted a depositar, aunque sea por unos días, su confianza en el agresor. De otra manera no podría yo trabajar. Aunque debo advertirle que yo no me dedico a investigar en estos casos... cómo diría yo... ¡ah!, sí: en estos casos psicológicos. Los problemas policíacos, para que se divierta el detective y se distraigan los lectores, deben ir bien provistos de crímenes. Creo que en este caso falta la víctima auténtica. ¿No le parece?

No. No le parecía aceptable el argumento a Norton porque necesitaba acumular muchas pruebas para hundir a su odiado enemigo. Algunas semanas después se atrevió a visitar la biblioteca donde sorprendió a Elisa, Perrison y al detective entregados a una charla muy animada, que suspendieron ante su presencia. Cuando se marcharon para dejarle entregado a la lectura de un libro que tenía abierto entre sus manos mientras meditaba comenzó a urdir una serie de proyectos con los que perder definitivamente a Perrison. Si al menos pudiera hacer alguna trampa en las cuentas, si se repitiese el "atentado"... Quería volver a ser "víctima", deseaba el atentado con todas las fuerzas que era capaz de inyectarle el creciente odio que abrasaba sus entrañas. Quería vengarse.

Una noche, después que la enfermera se hubo marchado, no sin dejar sobre la mesilla el frasco de sedante que necesitaban sus nervios atormentados, se le ocurrió la idea genial. Se incorporó sobre el lecho y llamó al mayordomo.

—Diga a Perrison que venga.

Poco después se presentó el secretario con el aire reservado y la actitud silenciosa que tanto le exasperaban. Sus ojos grises se le quedaron mirando.

—Mándeme, señor.

—Quiero que usted mismo dosifique la medicina para darle una prueba de que mi desconfianza ya no existe.

—Esto me consuela, señor.

Y parsimoniosamente se puso a dosificar el bromuro.

—Está bien, Perrison—su voz le sonaba con un timbre desconocido.

—¿Quiere algo más, señor?

—Nada más. Me ha hecho usted un buen servicio—respondió recalcando las palabras.

Cuando Perrison desapareció, David se apoderó del frasco de bromuro y consumió íntegramente su contenido. Después se echó suavemente, clavando la mirada en el techo.

—Ahora todos sospecharán de él.

Se durmió y se murió tranquilamente el desdichado.

El detective trató de consolar a Elisa y tranquilizar a Perrison.

—No se preocupen demasiado. Era un enfermo sin remedio: estaba loco y su manía era condenar a Perrison y denunciarlo por asesino. Yo no quedo conforme porque la misión a que me debo es descubrir asesinatos. Necesito víctimas auténticas, muchas víctimas.

Y echó a andar presuntuosamente por la avenida de ellos mientras mordisqueaba una manzana.

F.



Más de diez mil PIERROTS duermen olvidados en los sótanos de prenderías madrileñas

Con la serpentina gastada antaño en el baile de Bellas Artes hubiera podido medirse varias veces España

ESTE mismo tema, que hace unos cuantos años hubiera sido tratado de mil distintas formas en las páginas de todos los periódicos, no tiene hoy más actualidad que la que pueda prestarle su condición de póstumo recuerdo a la memoria grotesca y bullanguera de aquel señor que se llamó Don Carnaval.

Y se da el caso de que este señor—que por sí solo no nos merecería un comentario—dejó, sin embargo, un pequeño mundo de seda, papel y cartón condenado fatalmente al olvido... Al olvido y a deshacerse poco a poco en los sótanos de los almacenes y las prenderías. A ellos—a las víctimas—va dedicado este reportaje...

EL TRISTE DESTINO DE PIERROT

Nuestro interlocutor — dueño de una de las más antiguas prenderías de Madrid—nos con-



duce a la última trastienda del establecimiento. Enciende una luz, bajamos unos escalones y es entonces cuando nos salta a los ojos, en toda su patética realidad, el drama final del pobre Pierrot.

Como si todos los escritores del mundo no le hubieran hecho bastante mal con adjudicarle el papel de eterno maldito, ahora el pobre fantoche de los botones de cartón y nombre de colaboracionista se ve, por las diábulas de Carnaval, condenado a la horca. O a estar para siempre suspendido en la percha y metido en naftalina, que viene a ser lo mismo.

—¿Tiene guardados muchos disfraces de esta clase?

—Casi doscientos. Eran los más solicitados antaño por ser los más baratos. Para que vean lo que son las cosas: entre los que conservan mis compañeros de profesión y los míos habrá en Madrid guardados más de diez mil vestimentas de Pierrot. Aunque la mayoría son de percalina, representan un considerable capital "bloqueado". ¿Y pensar que hace unos años todos los disfraces de este tipo resultaban escasos para el número de clientes que nos los pedían!

—¿Qué costaba entonces adquirirlo?

—Muy barato; los había hasta por tres pesetas.

—¿Y ahora?... ¿Qué vale un disfraz para toda una noche?

—El pierrot lo solicitan ya muy pocos. Y respecto a los otros, más vale que no hablenmos. Me da vergüenza confesarlo siquiera... ¿Pero es mía la culpa de que todo haya subido tanto?

LA SERPENTINA QUE SE CONVIRTIÓ EN UN PROSPECTO

¿Recuerdan ustedes la parábola rizada de las serpentinatas?... Ellas, al sentirse víctimas, no se resignaron como el pobre pierrot. Y como la cuestión era vivir—"seguir tirando" en el lenguaje prosaico y amargo de los oficinistas—no dudaron en convertirse en... prospectos. Todo esto nos lo ha ido diciendo este

viejecito propietario de la imprenta, que hace unos años se dedicaba a fabricarlas.

—¿Constituía esto buen negocio?

—Desde luego. Cada paquete dejaba sólo unos céntimos de ganancia, pero como se vendían tantos... Recuerdo que en una ocasión me compraron todas las existencias que tenía con destino al baile de Bellas Artes. Con los miles de kilómetros de cintas que vendí aquella vez hubiera podido medirse varias veces España.

—Entonces con el total de las serpentinatas gastadas en la Castellana...

—Hubiera sido posible ceñir al mundo con una cadeneta de papel.

—¿En conclusión?

—Que hoy no se vende nada. Les digo que es una ruina y que cada vez estoy más satisfecho de haber trocado el papel destinado a ellas en prospectos de mano para anunciar lo barato que hacen la permanente en la peluquería de la esquina.

EN EL PEQUEÑO MUNDO DEL CARTÓN

Cuando entramos en la habitación que servía de almacén no pudimos evitar un sobresalto. ¿Ustedes saben la impresión que producían aquellas mil caras grotescas pintadas a chafarriñones, cuyos labios deformes se abrían a la vez en una carcajada inmensa, como riéndose de nuestras figuras? Sin saber por qué nos pareció que estábamos ante un cuadro de Solana. Y pensábamos que dos máscaras—una riendo y la otra llorando—semejaban el símbolo del teatro cuando la voz de nuestro hombre nos volvió a la realidad:

—¿No les decía? Fíjense, fíjense... Como verán, hay centenares, millares... Y todas aquí muertas de risa (la acepción no puede ser más exacta) desde hace varios años... Tenía más. Pero he ido aprovechando su cartón para construir caballitos y muñecas... Ese será el fin de las que me quedan.

—¿Qué dinero calcula usted que tiene aquí "muerto de risa"?

—Unas dos mil pesetas. Tengan en cuenta que, por fortuna, las hice cuando los materiales estaban baratos.

—¿Se dedicaba exclusivamente a esto?

—Ni hablar, ni hablar. No fueron nunca para mí más que una ayuda. En las más caras recuerdo que sólo me quedaba una ganancia de diez céntimos... Como verán, ni para cañamones.

—Sí, claro, verdaderamente...

Y nos marchamos, mientras en el almacén, a la luz opaca de la polvorienta bombilla, las caritas, gesticulando en silencio, representaban otra vez su farsa de locos...

Juan FORTÉGA

REPORTERO GRAFICO



—Vamos, señores. No pongan esas caras tan inteligentes. Van a creer que son ustedes profesores de la Sorbona.



LA REDACCION DE "BUENAS NOCHES"

Por GARRIDO

FANTOMAS, 1945

ROBO DE JOYAS EN UN HOTEL DE LONDRES

EN Londres ha sido robada una colección de joyas valoradas en mil libras. El ladrón penetró en el dormitorio de madame Massigli, la esposa del embajador francés, mientras ésta dormía. Scotland Yard ha comenzado activamente sus pesquisas con el fin de detener al autor del robo y recuperar las joyas.

Aprovechando el sueño de esta señora, el ladrón ha despertado la curiosidad y el interés en muchísimas. ¿Quién es? ¿Será el fantasma de Raffles? ¿Tal vez el de Arsénio Lupin? ¿Acaso el de Fantomas? La policía inglesa tiene la palabra.

En el año 1911, cuando el jefe del Gobierno francés era huésped de Alfonso XII, ocurrió en París un robo parecido a éste. Durante la noche había desaparecido en un lujoso hotel un collar de perlas, cuyo valor alcanzaba once millones y medio de francos. Fue movilizada la Policía y se hizo un magnífico registro en todo el hotel, sin resultado. El inspector señor Villiers, de la Sureté de París, fué encargado personalmente del asunto. Sin embargo,

INTERESANTES HAZAÑAS DE FAMOSAS RATAS COSMOPOLITAS

los ladrones pasaron las perlas a través de Burdeos, Marsella y Niza. Fueron detenidos algún tiempo después en Montecarlo, en la sala de juego. El autor del robo usaba varios nombres y era de nacionalidad belga. Le ayudaban dos hombres y una mujer franceses. Uno de ellos había pasado varias noches escondido en la habitación de la víctima para averiguar el sitio donde guardaba el collar.

Durante el año 1933 tuvo lugar en Kaunas, en el hotel Versailles, el robo más sensacional de los cometidos después de la Gran Guerra. En el hotel se hospedaba Liuda Gecis, sobrina del director del Banco de Kaunas. A los pocos días llegó un hombre muy elegante que se

hizo inscribir con el nombre de Jurgis Bobrus. La misma noche de su llegada, cuando ya todos se habían retirado a sus habitaciones, se presentó muy apurado en la dirección del hotel diciéndole que le habían robado una sortija con un brillante. Minutos más tarde llegó la Policía y practicaron un registro. El ladrón aprovechó el revuelo y, entrando en la habitación de Liuda Gecis, se apoderó de una cajita con joyas. Regresó al hall con su maleta y armó un formidable escándalo, diciendo que no podía estar ni un minuto más en un sitio tan peligroso. Cuando la muchacha regresó a su cuarto notó la falta, y avisada la Policía, el ladrón fué detenido al día siguiente en la frontera alemana. Era de nacionalidad francesa y estaba fichado por la Policía de todos los países.

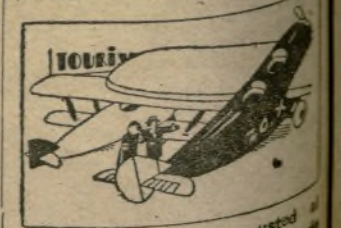
Otro célebre ladrón de hotel fué Chichito. Chichito escribía en un importante periódico de Buenos Aires. Era un hombre culto, muy elegante y que gastaba mucho dinero. En Buenos Aires se hizo amigo de varios diplomáticos, diciendo que era representante de la Legación es-

pañola. Gracias a estas amistades tenía paso a los hoteles más lujosos y las mejores casas. Comió un gran número de robos y estafas que terminaron robándole a la cárcel. Usaba el mismo nombre, pero con apellidos distintos. Gracias a un asunto un poco turbio logró salir de la cárcel y regresar a España. Una vez aquí se hospedaba en los mejores hoteles y seguía "operando". La última vez quitó las joyas a una bailarina que se encontraba en el hotel, pero ésta le denunció al célebre ladrón fué a parar nuevamente a la cárcel.

¿Habrá pensado alguna vez estos ladrones de hotel que aprovechan el sueño de sus víctimas lo que ocurrirá cuando ellos mismos se despierten la conciencia?

Víctor ANDRÉS

A LA HORA de comprar



—¿Por qué vacila usted al comprar este soberbio pájaro de acero?

—Es que ya tengo dos canarios en casa.